

2.3.

DE LOS DEBERES

I. LITERATURA Y EL MUNDO DE ILUSIONES

“Espejo mágico, ¿quién es la más bella? Reina, tú podrías ser la más bella.” No, no es la respuesta tradicional del conocido cuento infantil de Blancanieves... es la que, en los días festivos del fin del traumático año que acaba de terminar apareció en un sueño mío en el que las fronteras con la pesadilla fueron vagas. Pero como las imágenes oníricas son contradictorias y se suceden en vorágine, en ese febril sueño mío de inmediato se presentó otra respuesta del espejo totalmente distinta: “Reina, la verdadera belleza está en el interior y tú, a pesar de tu porte solemne y majestuoso, moralmente eres un monstruo, internamente una bruja.” ¡Pero los sueños son sueños y por ello se vuelven alegorías insólitas de la realidad! Y por ello en el mío, súbitamente, el espejo mágico se transformó en el símbolo de la literatura y la reina interrogante en la civilización actual. Sin que yo en tal sueño entendiera el porqué...

Despierto ya de aquel soñar quise explicarme lo que escondido por su simbolismo onírico estaba detrás de aquel sueño de espejos, reinas, literatura y civilización, pues lo que imaginamos “fuera de la realidad” suele ser, a su manera, un compendio de mil dispersas reflexiones sobre la realidad que vivimos. Esto ya lo sabían las culturas primitivas que se perdieron en la noche de los tiempos, lo sabe también la psicología y la psiquiatría, pues el subconsciente es el almacén de todas las emociones, sentimientos e ideas que nos genera esa vida nuestra que llamamos ‘concreta’ y es en ese subconsciente, a su vez, que se crea la “irrealidad” de nuestras imágenes oníricas.

Estando en estas reflexiones comencé a comprender que la primera respuesta del espejo mágico había sido sofisticada, pues

si bien fue concreta en decirle a la reina que no era la más bella lo hizo sólo implícitamente, siendo también la vaguedad misma cuando añade que podría serlo sin decirle cómo, quizá una respuesta piadosa al sugerir la posible redención de la reina intuida en el *podría*, pero no justa porque el *podría ser* sin definición de contenido ni sus vías de acceso la transforma en un dilema sujeto a mil posibles y encontradas interpretaciones, que ir pueden desde el crimen hasta la superación moral propia, entendida ésta como un vencerse a sí misma en la conciencia, “para ser la más bella”. En términos de civilización, de la reina, y de la literatura que la juzga, el espejo, ahí cabe desde la literatura religiosa que preconiza “vencer los pecados propios para purificados ascender al cielo” hasta, por citar un ejemplo, las ideas un tanto hedonistas y amoralmente sensuales de un Oscar Wilde... y entre esos dos extremos cabe casi toda la literatura.

Sobre la segunda respuesta del espejo me dije que era despiadada, por lapidaria y condenatoria, pero sin ambigüedades ni vacilaciones, pues aclaró en dónde hay que buscar la auténtica belleza del ser humano: en sus cualidades morales, en sus ideales, en la elevación de su conciencia... una respuesta, sin embargo, pesimista, al considerar a la reina un monstruo no admite su redención. En términos de civilización y literatura es equivalente a afirmar que vivimos una civilización egoísta y por ello violenta, por ello también sin redención... la crítica de la literatura ante esa interpretación del andar de la especie humana —isiete mil años lleva ya “civilizada” en esa clave de egoísmo y violencia!— sería, citemos dos ejemplos paradigmáticos, la representada por un Nietzsche y un Kafka, quienes siempre tuvieron un pésimo concepto de la especie humana... con el cual cuesta trabajo no coincidir.

Pero, ya fuera de las reflexiones sobre mi sueño, también pensé que la respuesta tradicional del espejo en el cuento original de Blancanieves no fue ninguna de las dos anteriores. Todos la conocemos: “Bella eres reina, pero más bella es Blancanieves.” ¿A qué alegoría social correspondería?... Para mí, aquí Blancanieves es nuestra utopía de civilización y mejores ideales, siempre perseguidos pero nunca realizados, por lo que la respuesta del espejo implicando ahora estaría que nuestra civilización es bella pero no perfecta pues, finalmente, el ideal utópico siempre será más excelso... y, como todo lo que imaginemos infinitamente bello, inal-

canzable. Perdóneme lector esta imagen literaria, es como decir que “la utopía es bella como las estrellas, pero como ellas muy pequeña o muy lejana... por lo que hemos de conformarnos con nuestra buena civilización actual, ¡el mejor de los mundos posibles!, que no está del todo mal”. ¡Declaración que es cicutu y ajusticiamiento de todos los soñadores y utopistas por “románticos y demasiado ingenuos”! Literariamente cadalso de soñadores como los utopistas del Renacimiento; de cantores de la belleza de la naturaleza y de la vida, desde un bucólico Ovidio hasta García Lorca o un Juan Ramón Jiménez en su *Platero y yo*, y de los exaltados y frustrados románticos del siglo XIX a la manera de un Byron, un Puschkin, un Bécquer o un Espronceda que se autoinmolaron en suicidios explícitos o implícitos por no soportar una sociedad materialista que anulaba sus visiones de felicidad ideal; de los sensibles orientales como un Omar Khayyam o un Tagore, este último buscando en la belleza de la vida incluso la realización futura a la medida de la felicidad de todos, de... ¿qué más diría?, de tantos escritores jóvenes y noveles de nuestros días, sobre todo poetas, que cantar quisieran a la alegría de vivir sin las ataduras, convencionalismos y cerrojos de la civilización actual... Que para estos jóvenes únicamente se personifican como olvido conveniente y marginación, ¡se les encierra en una campana social que intenta silenciar su clamor!, como si no existieran, en un aplicarles aquella trágica “ley del carpintero” que fabricaron todos los mediocres que, al transformar su pluma en escalera del ególatra deseo de “subir socialmente y servirme a mí mismo”, actúa de acuerdo al principio de “clavo que sobresale se le da un martillazo”. Y, así, ¿qué es lo que queda fuera de esa campana de silencio? La literatura “de moda y éxito”, cuyos contenidos definen los intereses dominantes de la civilización que sufrimos y que se transforma en *destino manifiesto* de todo aquel que, al escribir, es empujado por su egolatría o el ansia de escalar alturas en búsqueda de la frívola —ivolátil!— celebridad social. Ensayo, novela, teatro, poesía —¡no importa la forma literaria que se emplee!— son vehículos que en la clave anterior pueden desvergonzadamente servir incluso para darse el lujo de criticar algunos aspectos muy parciales de la civilización actual hablando en abstracto de lo bella que podría ser una nueva civilización en ciertos aspectos particulares que no se vuelvan acusación del presente... conclu-

yendo siempre, “en párrafo, en prosa, en verso o en alocución teatral” muy celebradas socialmente, que nuestra realidad de hoy no es ni será nunca la perfección, pero sí la que más a ella puede acercarse... ¡y “totalitarismos y atentados contra la expresión de la libertad” serían los sueños en utopías y sobre todo, las luchas consecuentes e iconoclastas por lograrlas!

¡Pero vuelvo al espejo de Blancanieves! Creo que si mi sueño ya relatado no hubiera sido en parte pesadilla, si hubiera sido un bello ensueño, al espejo mágico habría respondido a tenor de lo siguiente: “Reina, eres horrible, llevas siete mil años siéndolo y en particular en las últimas décadas, pero has de saber que es posible la belleza, la generosidad solidaria y la alegría de vivir... y si al menos una parte de ti misma y de tu fealdad lo reconoce puede existir una lucha en tu interior que haga surgir un nuevo Ave Fénix lleno de ideales”. Esto porque si la fealdad existe la belleza sólo puede nacer de ella... pero al precio de que, en ese parto, la fealdad se haga el *harakiri*, pues fajar y maquillar a una reina deformada nunca la transformaría en Blancanieves. Y una literatura consecuente con ese pronunciamiento pienso que ha de cantar a la belleza de la naturaleza, a la alegría de vivir en la realización de los mejores ideales y sentimientos que proporcionan la felicidad a todos —¡en fin, a la utopía!— pero sin olvidar la crítica profunda a la torcida civilización que arrastramos e imaginando y mostrando vías y comportamientos humanos generosos y solidarios que vayan creando la mística de la necesidad social de ir, desde este presente que nos atormenta, a ese futuro bello, “Blancanieves”, que quisiéramos todos para todos.

La literatura, si realmente ha de ser “el buen escribir” que se ha preconizado siempre, debe servir para exaltar las mejores cualidades del ser humano en la búsqueda de un mundo mejor a la medida de todos... por lo que este “buen escribir” debería expulsar de su seno no a los escritores sino a los escribientes, cuya pluma transformada en gancho sólo empuja el egoísmo, la vanidad y el interés creado transformado en ansia irrefrenable de “subir socialmente” a toda costa, pues no se trata de ser bufones de los poderosos sino de abrir a la humanidad un futuro mundo de mil ilusiones realizables. Cuando en alguna parte del mundo alguien dice “¡ya basta!” ante las mil tropelías de los poderosos pienso que también nos está pidiendo ayuda a todos... y la literatura, como

parte esencial de la cultura de la humanidad, tiene también obligaciones y responsabilidades que no puede eludir.

II. ARTE, PRÁCTICA DE LA LIBERTAD

Arte. Pocos temas lo superan en cuanto a lo que de él se ha dicho y escrito a lo largo de milenios —y sin embargo!— nunca hubo consenso sobre su naturaleza, quizá porque las definiciones jamás agotan los conceptos, toda vez que el lenguaje es un vehículo con el que transmitimos nuestras ideas, emociones y sentimientos, sin ser ellos mismos... —icasi habría que decir que el arte se siente, no tiene palabras!— es un maestro que educa la sensibilidad sin dejarse encerrar en estereotipos y, en ese sentido, mucho tiene de subjetivo, de apreciación individual.

“Educación de la sensibilidad y apreciación individual”, lo que rima también con aprendizaje humano. Trataré de explicarme... Todos los animales aprenden por el ejemplo, “como veo hacer las cosas las haré”, entre ellos el ser humano. Por el particular desarrollo de su cerebro, aprende además por el precepto, “como me dicen que hay que hacer las cosas las haré”. Sí, pero bien puede suceder, al margen de lo que vea o se me diga, que no sienta deseo alguno de hacer lo que se me indica, y ese “deseo alguno” refleja estados anímicos y sensibilidades... es por ello que el arte es un maestro que fomenta y educa la sensibilidad sin la cual no habríamos salido de las cavernas, pues vocación no hubiéramos tenido para ello. Por ello es que en una civilización en donde se devalúa el arte en decadencia está y en marcha rápida a su extinción. Cuentan, por ejemplo, que en la Grecia antigua empezó la decadencia cuando comenzó a olvidar el arte...

Pero no hay arte, en no importa qué aspectos de la vida se considere, si no hay creación. ¿Creación? Sí, el combinar de nuevas e insólitas maneras parcelas de la realidad y es por ello que se ha dicho, a veces, que crear artísticamente es reorganizar la naturaleza y la vida de suerte tal que sea incluso un acto de confrontación con ellas... lo que no puede ser obra más que del libre albedrío por lo que también implicado está que el acto artístico es una práctica de la libertad. El arte encadenado o sometido, sea por represiones o mansedumbres defensoras de intereses creados, no existe, no es.

Yo diría incluso que una sociedad empieza a recuperar la libertad cuando el arte aún sigue parcialmente sojuzgado, y en otra sociedad en donde las libertades empiezan a perderse es que el arte ya ha sido sometido. Creo que los jóvenes artistas que luchan contra las mil murallas sociales e incomprendiones para manifestar sus creaciones me entenderán muy bien.

Maestro de la sensibilidad, acto de creación y práctica de la libertad, esas son las esencias del arte, y como el buen juez por su casa empieza, ellas dan a su vez nacimiento en el artista “a él y al otro dentro de él”. El artista cuando crea se desdobra, surge así su duende, su *otro yo* que entonces ingresa ya no sólo como hacedor sino como personaje principal que vive anímicamente su propia creación, empujado por su sensibilidad abandona “*nuestro mundo real*” para entrar como nuevo ser viviente a ese mundo utópico que dio a luz en su imaginación... Quien no ha sentido esto no sabe lo que es el arte, icrear arte es también vivir intensamente la propia obra durante su gestación! El artista es un dramaturgo que escribe el libreto, lo actúa y ese trance lo hace tan viva y entregadamente que piensa que esa es la realidad, otra realidad que no es la cotidiana y por ello es una práctica de la libertad, sin ataduras, formalismos ni cadenas.

Te contaré, lector, una anécdota de mi propia experiencia literaria: el mejor artículo periodístico que he escrito en mi vida, hará de esto tres años, se lo dediqué a Puschkin y en esos días algunos lectores amigos míos me dijeron: “Flavio, da la impresión de que ese artículo no lo escribiste tú sino Puschkin mismo hablando de sí mismo”... y era cierto, porque recuerdo bien que cuando escribía aquel artículo tuve la impresión de que, si bien era mi mano la que escribía frases, párrafos, realmente *el otro* era el que, viviendo intensamente aquello, dictaba el texto. A un músico le sucede lo mismo; si es ejecutante se transfigura e ingresa a un mundo diferente como parte de él —¡el de la música!—, si es compositor incluso se siente un avatar de las notas y acordes que va imaginando; a un artista plástico le acontece lo mismo, pues al crear su obra no sólo siente que agarra un pincel o un cincel sino que se ha transformado, con mil vivencias psicológicas, es ese pincel y ese cincel, y en la propia obra que va surgiendo. Y así otros artistas... si realmente lo son. La civilización capitalista no puede entender lo anterior, pues como a todo le pone “precio

comercial” piensa que toda actividad puede “programarse desde el exterior”, financieramente, claro, abstracción hecha de lo que llamamos conciencia y sensibilidad. Podrá halagar la vanidad de la élite de los “artistas institucionales”, pues ello “viste bien socialmente” pero como no tiene conciencia sensible —ieso es incorpóreo y no da monedas!— jamás podrá entender verdaderamente lo que es el arte.

Maestro de la sensibilidad, acto de creación y práctica de la libertad, esas son las esencias del arte que cuando generan vivencias propias y permiten el acceso del artista, *del otro*, a un mundo interno nuevo muy suyo por ello mismo también se proyectan hacia otros seres humanos generando en ellos nuevas vivencias que en resonancia entran con la particular sensibilidad de cada ser humano. ¿Nuevas vivencias?... Sí y este es un punto delicado sobre el que algo tenemos que profundizar. ¿Cómo me explicaré, lector?... Verás, de las grandes obras de la literatura se ha dicho con razón que si realmente lo son *tienen diversas lecturas*, pues cada lector ve retratados sentimientos y experiencias anímicas hijas de la experiencia de su propia existencia y, así, la obra literaria lo hace vibrar, pues en ella en algo se siente identificado, tanto más si es en sus ilusiones. En las artes plásticas acontece algo similar, de tal suerte que, incluso al margen ya de las vivencias del artista que generaron su obra, esa obra “al ingresar en el mundo” se identifica y sensibiliza de maneras diferentes al que la observa de acuerdo con las particulares experiencias existenciales que cada uno *hayamos* tenido y que han formado nuestra conciencia, y este también es el caso de otras manifestaciones artísticas. Quizá la música es paradigma de lo anterior, pues no obstante ser la más abstracta de las manifestaciones artísticas, en un proceso psicológico que yo me atrevería a llamar *dialéctico*, es la que más nos afecta internamente al llegar directamente a nuestro subconsciente, despertando mil emociones y sentimientos que parecían dormidos... hay veces que incluso cuatro o cinco acordes musicales despiertan enteramente un *otro yo sensible* que no habíamos sospechado.

En esa medida el arte, al liberar vivencias del artista que a su vez y a través de sus obras liberan otras diferentes en los diversos seres humanos, es entonces más que nunca una práctica de la libertad. Maestro de la sensibilidad, acto de creación y práctica de la libertad, esencias del arte que si hoy universalmente se impu-

sieran como los valores existenciales básicos de la especie humana, sepulcro serían de la egoísta y violenta civilización que nos agobia porque, parodiando a Hamlet, atenta no está más que al principio existencial de “tener o no tener, material e individualmente, esa es la cuestión”. Por ello, impulsar el arte es ya luchar por ver amanecer una nueva civilización a la medida de la felicidad de todos, en esa medida un hacer revolucionario porque el verdadero arte no puede vivir más que en “guerra civil” con el egoísmo y las mil violencias del mundo de hoy.

Hacer revolucionario tanto más íntegro y elevado cuanto más íntimamente se funda el arte con el pueblo... no obstante lo cual el artista no debe de dejar de ser sí mismo, con sus propias vivencias creadoras de su obra, en una unión dialéctica de ambos extremos. Voy a tratar de explicarme recurriendo otra vez a la imagen del artista “en tanto que él mismo y el otro en el que se desdobra durante el acto artístico que también es él mismo”. Cada ser humano procesa lo que acontece en el mundo externo en el que estamos inmersos en su conciencia individual, que conforma *nuestra* concepción del mundo, y en nuestro subconsciente, también privativo nuestro y no transferible, en donde se depositan nuestras ilusiones y sentimientos... de alguna manera podríamos decir que “moldeamos lo de afuera de acuerdo con lo que muy íntimamente cada uno *llevamos* dentro en un moldearnos también a nosotros mismos sin que lo de fuera y lo de adentro sean por ello lo mismo”.

A nivel de un artista, yo diría que su conciencia, que es la que está en más estrecho contacto con el mundo externo, es el “yo mismo”, y su subconsciente que transforma todo lo anterior en sentimientos e ilusiones muy propias es “el otro” en el que se desdobra durante el acto creativo artístico... pero como el “yo mismo” y “el otro” son las caras de una misma moneda que llamamos ser humano, ambos se condicionan. Quiere decirse que el artista que se funde con el pueblo asimilará en su conciencia, a su manera, sus vivencias y sentires... y ya después “el otro”, el artista que anida y emerge del subconsciente, se hará eco en sentimientos y emociones que generarán la obra artística sin que ésta tenga que ser un “retrato social” del mundo externo, pues bien pudiera ser la belleza misma en términos de la mayor de las abstracciones como una *suprarrealidad*, algo que artísticamente

trasciende a la realidad. Sólo así el artista puede ser plenamente libre sin dejar al mismo tiempo de estar fundido con el pueblo... y sólo así el pueblo puede liberar al arte. Sólo así el arte, por elevado que sea y complicado que parezca, terminará siendo transparente para el pueblo... pues éste, a quien finalmente termina queriendo más, es a aquel que se une al pueblo sin dejar de ser sí mismo, que me parece que es la verdadera esencia de lo que deberíamos llamar libertad. Por supuesto que lo anterior es negación y antítesis de ese llamado "arte institucional" de mutuo bombo que se pontifica en mafias cerradas y cenáculos de élite, murallas sociales dogmáticas que con su despotismo aplastan al verdadero artista, murallas creadas en el crisol de una civilización egoísta, "civilización de miyoyos"... ¡Mí! ¡Yo! ¡Todo para mí! ¡Existo sólo yo! ¡No eres nadie si no me alabas a mí!

A lo anterior tenemos ya urgencia de responder diciendo nuestro "¡ya basta!"... y el arte tiene aquí deberes ineludibles, pues tiene que alimentar la liberación de la especie humana elevando lo que en ella es lo esencial: su conciencia y su sensibilidad.

III. FILOSOFÍA Y CRISIS DE LA CIVILIZACIÓN

"¿Qué es la naturaleza? ¿Por qué es así? ¿Adónde va? ¿Qué es el ser humano? ¿Qué piensa de todo lo anterior? ¿Y de sí mismo?" Desde que surgió hace milenios lo que llamamos filosofía, se ha intentado dar respuesta a las múltiples interrogantes anteriores y ello porque los seres humanos se supone que podemos pensar y, entonces, necesitamos autojustificar la existencia para seguir adelante. ¡Especie sofisticada!, nos es preciso saber qué somos y para qué marchamos en la vida y filosofar es dar salida a esas inquietudes internas. En esa medida, también resulta ansia de poder conocer las posibles opciones del destino propio, controlarlas si se puede y evitar, al menos, que el futuro nos sea aciago, pues la especie humana quisiera perdurar eternamente. ¡Controlar el destino y perdurar eternamente!... ya lo empezó a intentar hace más de cinco mil años la civilización sumeria en el amanecer de la historia y, al no lograrlo, creó en su desesperación ese primer poema épico de la humanidad, la leyenda de Gilgamesh que, antes que nada, es un grito de frustración filosófica ante la imposibilidad de la inmortalidad. Los antiguos griegos dóricos dieron

salida a sus frustraciones, a su vez, en términos más que mitológicos, filosóficamente artificiales con la invención de los dioses del Olimpo, “a su imagen y semejanza, pero estos seres sí eternamente perdurables”, como aquel que sabe que desaparecerá, pero que a pesar de todo perdurará en las creaciones de su imaginación. Hace unos diecinueve siglos también lo anterior resultó en el caso de la civilización grecolatina al querer encerrar el destino de la especie humana en el rígido estereotipo filosófico de las interrogantes “quién, qué, dónde, por qué medios, por qué, cómo, cuándo” de un retórico como Quintiliano. ¡Hubo más!... Los señores feudales de la oscura Europa medieval se vieron forzados a filosofar exigiendo al pueblo mil mansedumbres contra cuyas eventuales rebeldías estaba ya listo el holocausto inquisitorial de la Iglesia medieval, ¡la filosofía se volvió entonces teología de la justificación del aplastamiento social! ¿Y en otras tierras? Digamos en Asia que el despotismo brahmánico y su disidencia en términos del budismo original del “pequeño camino” fue el preconizar una actitud filosófica de renunciación a la vida externa ante su fealdad e injusticias, encerrándose en lo más profundo de sí mismo, un huir de la vida concreta escapando hacia el subconsciente. En cambio, en la China milenaria, un Confucio proclamó la necesidad de aceptar filosóficamente la estratificación y la injusticia social con reglas serviles de comportamiento ante “los elevados”... Y es que cada pueblo, en cada momento de su historia, ha intentado responder a su manera y en forma diversificada a esas tremendas interrogantes filosóficas sobre la naturaleza del ser humano y su destino. ¡Filosofar ha sido siempre, entonces, tener una concepción global de la vida a todos sus niveles como guía necesaria para caminar hacia adelante!... aun si, muchas veces históricamente, esa guía nos ha hecho andar hacia atrás. De lo anterior la crucial y tremenda importancia de la filosofía para una civilización.

Yo diría más; la filosofía es imprescindible como cohesión de una civilización... y es por ello que se vuelve absolutamente necesaria cuando esta última entra en crisis, ya que nadie se preocupa por la naturaleza de la vida y el ser, y el destino del ser humano cuando todo parece estable e inmutable. Tan importante es esta reflexión para nuestros días —¡tiempos de crisis de civili-

zación!— que vale la pena intentar ilustrarla con dos ejemplos históricos paradigmáticos:

Erasmo, Juan Luis Vives, Tomás Moro, Campanella, Bacon y otros, los humanistas del Renacimiento, que invierten filosóficamente todos los valores existenciales de aquellos tiempos al proclamar que lo más importante que existe es el ser humano, pero en tanto que ser libre y pleno de albedrío... ¡y hasta el dogmático Lutero proclamó también esto último! Pero el humanismo del Renacimiento emerge precisamente porque estaba en curso una crisis de civilización, se acababan de derrumbar diez siglos de Edad Media europea y construir lo nuevo ameritaba una visión global de todo.

Siglo XIX, en el centro de Europa hay un caos llamado Confederación Germánica en donde convivían desde grandes ducados con pequeños principados e incluso “ciudades libres” como Bremen, todo ello mangoneado por el reino de Prusia y el atrasado Imperio Austrohúngaro... un todo muy disperso y por ello muy debilitado —¡pero sí de un principado a otro cambiaba hasta la anchura de la vía de ferrocarril! El único camino para escapar de aquella diáspora y crítica situación interna era “la unión verdadera de la nación alemana”... pero para ello era antes preciso una concepción global y totalizadora, unitaria, de todos los aspectos de la vida, “responder dialécticamente con una concepción totalizadora a la dispersión en trozos de la sociedad”. Y eso es lo que sucedió filosóficamente con el nacimiento del llamado idealismo alemán, empezando por un Kant y después con Fichte y con Hegel, creadores de grandes sistemas filosóficos bajo los que subyacía impulsar la unión alemana... no es trivial, por ejemplo, que paralelamente a sus obras filosóficas un Kant escribiera *La paz perpetua*, un Fichte expusiera su incendiario *Discurso a la nación alemana* y, como es sabido, Hegel fuera el primer gran teorizador del Estado burgués fuerte y unido, todos ellos preconizando esa ansiada unión que finalmente se produciría en torno de Prusia a fines de siglo XIX.

Quiere decir que porque había crisis de civilización “se hacía y se creaba la filosofía”... e incluso el mismo marxismo en el siglo XIX fue una respuesta filosófica también totalizadora a las mil crisis sociales que el desarrollo del capitalismo provocaba. Es necesario, lector, que no nos quede ninguna duda sobre el sentido y alcance

de todo lo anterior, por lo que permítame trate de recurrir al siguiente ejemplo didáctico como analogía: si tengo que resolver dos o tres problemas procedo a imaginar dos o tres métodos empíricos, pero si mis problemas se diversifican y multiplican, ese procedimiento ya no me sirve... me es preciso ahora intentar crear un método tanto más general y global cuanto que tendrá que ser capaz de dar respuesta a los más diferentes desafíos; en el fondo este es el porqué histórico del surgimiento de los grandes sistemas filosóficos... cuando en crisis se duda de todo es cuando se necesita entender todo a fondo globalmente.

Pero antes he dicho, a propósito, que “se hacía y se creaba la filosofía”, sí, porque era antaño... no ahora. Me explico, empezando por una frase lapidaria: *Hoy la filosofía, en la medida en que se ha transformado en escolástica, ha muerto*. ¡Se velan literalmente los restos mortuorios de los grandes sistemas filosóficos del pasado con sofisticadas oraciones fúnebres que se llaman “exégesis doctas de los grandes textos” a la imagen y semejanza de un médico forense clasificando delicadamente órganos muertos de un cadáver! Digamos que ya no se hace filosofía sino el aprendizaje de los restos inertes de lo que fue... y esta es una opinión que comparten conmigo algunos filósofos de nombradía. En ese sentido, la actividad filosófica que hoy suele celebrarse social e institucionalmente en torres de marfil, por ejemplo, en esos templos del saber que llamamos universidades, son disquisiciones históricas sobre las obras del pasado en un divorcio completo de la vida actual y de los problemas y sentires, en crisis, de la especie humana de hoy.

Estudio de los presocráticos, Sócrates, Platón, Aristóteles... y así en fila india voy siguiendo el patrón de la cultura europea hasta los grandes filósofos idealistas alemanes del siglo XIX y, quizá en algún seminario de élite, estudio también de las ideas de Nietzsche, del surrealismo de un Bretón o incluso el existencialismo de un Sartre... incluso con algún añadido de última hora, posmodernistas discusiones sobre el supuesto *fin de la historia*, que es como decir que de la actual crisis de civilización ya no saldremos —¡viva el capitalismo!— por lo que ya no habría que preocuparse por un futuro mejor. Pero, repito, ¡todo eso es lo que está muerto ya!, pues está dissociado de la vida concreta, del hacer y sentir cotidiano y no cotidiano de los pueblos hoy día, de los diversos problemas en que se debate en nuestros tiempos la especie humana para no

perecer y marchar hacia un futuro mejor, en una soberbia y arrogancia academicista que, al ser un alejarse de la vida concreta y de los sentires y sufrimientos del pueblito, me temo ya se transforma en un *harakiri* intelectual.

“¡El rey ha muerto, viva el rey!”, ha sido siempre la proclama con la que históricamente se coronaba a nuevos monarcas. Algo similar tenemos que decir hoy: “¡La filosofía escolástica, estudiosa sólo del pasado y cuando mucho justificadora de presentes injustos, ha muerto! ¡Viva la nueva filosofía de la vida que entre todos tenemos que crear de nuevo para llegar a un futuro mejor a la medida de la felicidad de todos y no únicamente de los intereses creados de unos cuantos!” Y es mi convicción que en esa magna tarea, la filosofía, para recuperar el alto rango que siempre debió tener, debe abandonar los codificados y estratificados medios escolásticos para ir al pueblo y de él nutrirse... ya que, a riesgo de que se me etiquete de “dogmático de pensamiento totalitario”, sigo aún coincidiendo con Marx al menos en aquello de que no se trata de interpretar sólo al mundo, sino de transformarlo. Añado yo que debe crear al ser humano nuevo que siempre hemos preconizado... y en tal sentido la nueva filosofía que necesitamos ahora es un humanismo, un nuevo humanismo.

¿Ser humano nuevo como fundamento de un nuevo humanismo? Voy a empezar por una perogrullada. Si no existiera la especie humana, y tal como están las cosas no le vendría mal a las restantes especies vivas y al planeta en general, no tendríamos necesidad de cambiar nada volviéndolo nuevo, por lo que mejorar cualquier aspecto de la vida pasa por la transformación y elevación ante todo del ser humano mismo, léase aquí que el ser humano no sea el lobo del ser humano. Y, claro, esto pasa por la purificación de su conciencia, que ya lleva milenios deformada por egoísmos individuales y así de toda clase de violencias, “contra materia y espíritu”, como decían los clásicos. La vida no puede ser llevadera si no se respeta lo que es el primer principio biológico de supervivencia, “la unidad en la diversidad”, lo que a nivel de colectividades humanas implica la relación armoniosa entre todos por diferentes que seamos... que es un primer principio que la filosofía debería justificar, consolidar y propagar por doquier. Y esto implica que es imprescindible una conciencia ética como primera base fundamental de toda conciencia humana, pues nada será

mejor si antes no existe eso. A mí me parece, desde hace mucho tiempo, que los fundamentos de esa conciencia ética son muy simples y claros: hay que ser sinceros empezando por nosotros mismos, para que mutuamente nos podamos comprender en un respetar nuestras diferencias que también se llama tolerancia, y entonces podremos ser entre nosotros generosos y solidarios... lo que solamente rima con honradez e integridad. ¡Principios éticos que la civilización capitalista repudia y no respeta ni por casualidad!... pero que han de ser primer pilar de la nueva filosofía que urgentemente necesitamos.

Hay que profundizar en ellos, claro, sin que esto implique volvernos como antaño a encerrarnos en doctas torres de marfil con alambicados lenguajes escolásticos de “iniciados”... pues hay que plantear directamente lo anterior ante el pueblo, estando muy atentos a cómo matiza y enriquece esa ética. Y, para empezar, esto ya implica que “el intelectual” debe dejar de ser el sibarita *intelectual orgánico* que mencionara Gramsci para fundirse y ser parte del pueblito, como incluso lo dice un refrán, “el mejor predicador es Fray Ejemplo”, que es como se conoce y se aprende a confiar en los seres humanos, ¡está hasta en la Biblia!: “por sus obras los conoceréis”. Y en ese sentido, la nueva filosofía también ha de ser una nueva concepción de la actividad humana y ya no aquella definición de *diagogo* de la Grecia antigua del que “reflexiona descansando” que sólo queda bien para un mundo sometido y de esclavos... aunque haya todavía *diagogos*, puesto que sigue existiendo el sometimiento y la esclavitud, sólo que con otros ropajes sociales que inventó el amanecer burgués cuando nació, hará unos cinco siglos.

“Respetar al ser humano viviendo todos en armonía mutua”, ¡se dice pronto!... pero más rápidamente hay que agregar que tal respeto no existe si no logra ser en la conciencia de cada uno un valor existencial *global*. Y es que en estos menesteres, ¡perdóname, mundo femenino, por la analogía!, es como la virginidad... no se pierde “sólo un poquito” o se es “casi no violada”, ¡se pierde o no se pierde y se acabó!, con lo que intento decir que el respeto a la vida de los otros ha de incluir a *lo otro*, a otras especies vivas, a nuestro planeta, a la naturaleza en general. Si se hunde la balsa llamada naturaleza, a ras de tierra, nuestro mundo, el planeta Tierra, se terminaron todas las reflexiones filosóficas. Una nueva

filosofía debe incluir en su base, como pilar fundamental, una racionalización a todos los niveles del respeto a la naturaleza, al mundo concreto que nos sustenta, a *Gaia*, ya que si como acontece en estos tiempos nos empecinamos en continuar el holocausto del planeta Tierra, en lo que es ya la “crónica de un asesinato anunciado”, adonde se dirigirá la especie humana es al suicidio.

Ser humano, naturaleza, lo que somos y queremos cada uno de nosotros, en consecuencia de lo cual actuamos ante otros y ante *Gaia* y a la vez recibimos sus respuestas, una nueva concepción filosófica ha de abordar globalmente esas problemáticas y la dinámica de su evolución, ya que nunca se insistirá bastante en que lo fundamental es que logremos crear un futuro mejor conociendo las vías hacia ello. Para esto, pienso que hay otra vez que comenzar por esa interrogante que siempre estubo en los inicios de toda filosofía: ¿Qué es la realidad? Yo aquí lanzo mi cuarto de espadas sugiriendo que en la realidad hay al menos cuatro elementos básicos que escapan a todo reduccionismo: el ser humano como “realidad material” física y biológica... por aquello de que “no hay nueces sin cáscara”; “la nuez del ser humano” que sería su conciencia y niveles subyacentes en donde anidan ilusiones, frustraciones, ideales y sentimientos encontrados; “el ramaje humano” en el que de múltiples maneras nos entrelazamos interaccionando todo y que llamamos sociedad y, en fin, la naturaleza en su conjunto como “árbol frondoso” y dador de toda vida, sin el que nada seríamos volviéndose vanos todos los discursos filosóficos.

He dicho que esos factores escapan a todo reduccionismo dado que interaccionan condicionándose mutuamente entre sí, siendo ese conjunto de condicionamientos mutuos lo que más cabalmente pudiéramos llamar *civilización*, y a cómo lo concebimos y por ello actuamos, *cultura*... esta concepción totalizadora nos es hoy más necesaria que nunca en un mundo en donde el egoísmo, la injusticia y la opresión han sido generados por la atomización y dispersión de la especie humana para finalmente estratificarla piramidalmente en niveles jerárquicos, “los de arriba, los del medio y los de abajo”, lo que a su vez ha repercutido en la atomización, dispersión y estratificación jerárquica de lo que hasta hoy ha sido la cultura. En Grecia había un vocablo para resumir la tarea anterior, *metapocatástasis*: volver a unir lo que antes estubo unido, pero de una nueva manera... esa manera que una armo-

niosa y sólidamente a toda la especie humana, proporcionando la felicidad a todos.

Y el cumplimiento de tareas como las señaladas para la nueva filosofía sólo está al alcance de todo el pueblo en su conjunto, porque ya no únicamente la filosofía sino toda la cultura debe abandonar los escolásticos cenáculos y torres de marfil “para ponerse huaraches y ropa de mezclilla” en un fundirse con el pueblo... o nada cambiará.

IV. DE LAS CIENCIAS SOCIALES

Un tigre de Bengala puede vivir solo, el ser humano no, pues es un animal gregario y por ello, como cada uno que la ha sufrido sabe por terrible experiencia, que la soledad resulta para nosotros el peor de los tormentos y camino firme a la demencia; necesitamos relacionarnos con otros de múltiples maneras para subsistir, vivir en colectividad, *socialmente*. El cómo, por qué y con qué resultados acontece eso es el gran tema de las ciencias sociales... que casi definiría yo como el “estudio de la grey humana, sus usos y costumbres y pretensos milagros”, porque la especie humana de hoy se parece mucho a un rebaño dirigido por pastores que son los pocos y egoístas amos que controlan todo. Cualquiera que sea el caso, al ser la especie humana una colectividad, las ciencias sociales adquieren capital importancia para conocer y, quizá, controlar su destino... y que sea el de un rebaño que vaya mansamente al matadero al que lo conducen los pastores, o bien el de seres elevados que al fin despiertan de su letargo milenario de egoísmos y violencias para elevarse a la utopía que proporcione la felicidad a todos, en mucho depende de cómo cumplan sus deberes las ciencias sociales. No soy capaz de osar clasificar a las ciencias sociales en tales o cuales disciplinas como una cultura escolástica nos ha intentado inculcar, y que sólo es eco de esa división y encerramiento de la especie humana en compartimentos estancos jerarquizados de la civilización que hoy sufrimos, porque en la especie humana como colectivo influyen infinidad de factores que interaccionan mutuamente de manera muy estrecha... Nunca podré olvidar, por ejemplo, aquel decir de un insigne científico eslavo que afirmó que “el vuelo de una mariposa en Río de Janeiro puede ser la gota que derrame el vaso cambiando el

clima de Nueva York y derrumbando su Bolsa". Me quedo con la idea de que las ciencias sociales tienen el deber de conocer a la grey humana en sus más múltiples y encontradas manifestaciones...

¿Conocer únicamente? ¡Claro que no! Porque obligación perentoria de las ciencias sociales es hoy extraer a la especie humana de su actual condición de grey mansa y sometida mostrándole el *camino de utopía* que la eleve y que la dignifique, en un entender por dignidad el no claudicar las propias convicciones e ideales a pesar de la presión de los mil intereses creados propios o extraños o bien ante los mil anatemas y amenazas de los "poderosos" y torcidos de conciencia que desearían justificarse viéndonos de rodillas a sus plantas, en un entender también que elevarse no es sinónimo de "éxito" homicida de la felicidad y bienestar de otros, sino lucha por la felicidad de todos para poder poseer la propia... y entendí siempre por felicidad, tranquilidad y paz interna, sólo posible en la armonía con otros por diferentes que nos antojemos... ¡Las nuevas ciencias sociales tienen que ser un humanismo en esa clave!

Búsqueda de la utopía, su definición y señalamiento de las vías para llegar a ella como primeras tareas esenciales de nuevas ciencias sociales, y ello incluso, ¡ante todo!, porque el ser humano no andará hacia el mañana sin una mística que a eso lo empuje. ¿Mística? ¿Pero no dicen las religiones, transformadoras de los seres humanos en rebaños amansados como imaginara Nietzsche, que "la mística es la unión del alma con la divinidad", a la cual se debe servil respeto infinito? ¡No! La mística de la que yo hablo, profundamente laica, pues en todo caso es una rebeldía soberbia de la especie humana, más "a la manera de Caín que de Abel" en el sentido que lo escribiera un Byron, es la fusión de la conciencia humana con los mejores ideales de su especie en la íntegra e ineludible búsqueda de una civilización, que aún no existe, que a todos proporcione la felicidad de la paz interna y el bienestar suficiente para ello.

¿Romanticismo trasnochado todo lo anterior, automarginación de desadaptados que en su frívolo deseo del goce sensual inmediato no aceptan la realidad al no estar, en su demencia, hecha a la medida de sus apetitos? ¿Expansión impulsiva y frívola de "los enfermos ansiosos de guerra civil" contra una civilización pues no encarna sus ciegos y más íntimos impulsos existenciales?... Por

etiquetas no queda —iqué va!— pues lo que hasta aquí llevamos dicho es, casi diría, de una simplicidad bíblica: las ciencias sociales son múltiples e interdisciplinarias, han además de definir la utopía que necesita la especie humana para escapar de su actual colapso y, en fin, deben generar y justificar la mística *laica* para que todos entreguemos todo para llegar a ello. Un manifiesto como el anterior, que es todo un programa de cambio de civilización, debe ser desagradable para los poderes dominantes del mundo de hoy —no habla de índices comerciales ni de finanzas ni de fluctuaciones de la Bolsa de Valores!— pero seguro estoy que lo entiende a fondo el pueblito.

“Definir la utopía y sus vías de acceso”, la ausencia de esta dimensión desde que se desplomó el llamado *socialismo real* como medicina inoperante contra esa lesión ontológica de la especie humana que es la enfermedad de capitalismo, es la mayor limitación de las ciencias sociales actuales al extremo de haber dejado sin ideario y casi inermes a todos los movimientos sociales progresistas del planeta que, en esa medida, sólo se debaten en retoques coyunturales a la civilización capitalista. ¡La situación ha llegado a tal límite que hoy es casi un gran pecado intelectual que atrae mil anatemas de los “doctos” hablar de la necesidad de la utopía!

En principio, los fundamentos básicos de la utopía que necesitaríamos se realizara son simples y transparentes y que muchas veces, “ante oídos sordos”, se han expuesto a lo largo de los años:

I. En el mundo del mañana todos los gradientes y desniveles sociales deben de tender a desaparecer; el hecho de que existan muy diversas actividades humanas no es justificante para estratificar y jerarquizar verticalmente a nuestra especie.

II. “Hay que trabajar para vivir y no sólo vivir para trabajar”, lo que implica, primero, que toda actividad humana debe permitir una vida suficientemente amplia y digna a nivel material y, segundo —ide capital importancia!— ha de ser creativa y transparente para otros seres humanos: Que el ser humano se sienta realizado como tal en su actividad al aportar a ella sus ideas e ilusiones siendo esto comprensible para todos, de suerte tal que esos todos también sean creativos y se hagan comprender. Incluso debe de haber “tiempos muertos” suficientes que permitan a los seres humanos ser sensibles y elevar su conciencia, por ejemplo,

gozando de un bello paisaje, leyendo una poesía que los conmueve, escuchando música que los emociona y los hace soñar... y *fruslerías* así, sin valor financiero en el egoísta mundo actual pero que son las que proporcionan la felicidad y dan calor a relaciones humanas armoniosas.

III. Lo anterior únicamente es posible con dos corolarios obligados: que impere en la nueva civilización la mayor de las libertades culturales mandando al olvido todas las intransigencias y dogmatismos y, claro, respetando a la naturaleza... pues si "ese barco" se nos hunde ya todo resultará vano.

"Fundamentos simples y transparentes." Sí, ¡quién no los entendería...!, pero que implican para las ciencias sociales desafíos múltiples e interdisciplinarios muy complejos y extraordinariamente concretos que, por supuesto, no se abordan ya que hoy día no es el ser humano lo que importa sino sus bienes materiales y quién se los apropia en un transformar todo en mercancía. Desafíos que implican concebir y diseñar "estructuras económicas, políticas y culturales coherentes con los tres principios anteriores y *sustentables*", por emplear un vocablo de moda, que entonces ameritan una revolución en todos los procesos productivos y en consecuencia también revolución tecnológica y científica y, en fin, precisa es una auténtica *revolución cultural* como ni aun soñaron los estudiantes galos en mayo de 1968 y que obviamente repercutiría en la refundación absoluta y desde los cimientos de los centros académicos y universidades en cuanto a sus fines, estructuras y funciones. En cuanto al respeto a la naturaleza, lejos de ser un *lirismo*, plantea entre otros problemas el que quizá sea el más grave que afronta hoy la especie humana: el planeta Tierra es finito y nuestra especie crece exponencialmente... ¿Qué vamos a hacer?

¡Pero aun si ya hubiéramos resuelto la tremenda problemática anterior de todas maneras apenas estaríamos iniciando la resolución del desafío que yo llamaría de *supervivencia* de la especie humana!... Y ello porque hay que diseñar las "vías óptimas" que nos lleven del angustioso presente al futuro deseado sin cuyo conocimiento no habrá práctica social consecuente quedando todo en el archivo de las bellas ilusiones nunca realizadas. Lo que, de paso, no va sin necesitar también una revolución de fondo en

nuestras ideas culturales que consideramos básicas, por citar dos casos, lo que entendemos por *evolución y la naturaleza del conocimiento*.

Así pues, las nuevas ciencias sociales tienen tareas específicas que, en lo general, hoy no se abordan ni por casualidad... pues hoy día o justifican el presente o lo critican, pero una labor creativa que sueña con el mañana está ausente.

V. DE LA CIENCIA Y SU DESARROLLO

La ciencia, en tanto que conocimiento de la naturaleza (ahí incluido el ser humano), empieza en el alba misma de nuestra especie, pues ya las prácticas mágicas de las primitivas sociedades animistas son su inicio en un intento de defenderse de un medio externo ante el que se estaba prácticamente inerte. Pero la ciencia, como la concebimos hoy, desprendida ya de telarañas metafísicas y con la conciencia de que toda idea sólo es válida confrontándola y comprobándola ante la naturaleza, realmente se empieza a desarrollar firme y sólidamente a partir de los siglos XV y XVI, allá en los tiempos de Galileo y en pleno Renacimiento en el Viejo Continente, ya desplomada totalmente la Edad Media. No hace mucho, y muy atinadamente, escuché la siguiente pregunta: ¿Por qué a partir de Europa y en Occidente el desarrollo de la ciencia ha sido tan inmenso y, en cambio, en sociedades orientales, como en India y China, que tenían una civilización milenaria mucho más antigua y sólida que la nuestra, hubo un estancamiento y no sucedió lo mismo?... esto es, ¿cuál fue el factor que hizo la diferencia? Me desagrada la respuesta, pero es inmediata: Porque a partir del siglo XV en el Viejo Continente emerge como clase social dominante la burguesía, comienza el capitalismo. India vivió milenios bajo la influencia del pensamiento brahmánico, transformado después en hinduismo que reflejaba una sociedad de castas estática e inamovible, estancada, en donde, incluso, el tiempo histórico por ello mismo dejó de tener sentido y eso paralizó también el avance científico. En China aconteció algo similar bajo la influencia del pensamiento budista y de la filosofía de Confucio, todo en el marco también de una sociedad inamovible y estancada que no hacía necesario el desarrollo científico... y si hoy, por ejemplo, Japón, que en mucho fue heredero de la cultura china, está en la frontera avanzada del desarrollo científico, se debe a

que a partir del llamado Imperio Meiji, hacia la segunda mitad del siglo XIX, ingresa de lleno en el capitalismo como mecanismo defensivo de supervivencia contra las agresivas potencias industriales occidentales de su época. Claro que en el extinto mundo del *socialismo real* hubo también fuertes avances científicos y particularmente en la ya desaparecida Unión Soviética... pero fue también una medida de autodefensa ante el emprendedor y agresivo mundo capitalista. Con ello volvemos, pues, a la misma conclusión.

Desde que se levanta en la historia, la burguesía tiene como único “código ético” fundamental —si es que podemos llamarlo así— el atesorar creciente e individualmente riquezas materiales de todo tipo a costa de lo que sea, saqueando unos cuantos seres humanos poderosos al resto de sus congéneres e incluso de mil formas al planeta Tierra —imás y más riquezas materiales es lo que hace falta!... Pero este “espíritu emprendedor” del capitalismo, que siempre pretendió supuestamente justificar con nombres tales como “progreso y desarrollo”, necesitaba estar apoyado en una creciente capacidad de extraer esas riquezas materiales y de relaborarlas de mil maneras diversas, pues habían de ser transformadas en mercancías lanzadas al mercado, el inmenso arsenal de mercancías de la sociedad capitalista que mencionara Marx. Para ello era necesario el desarrollo tecnológico que finalmente se apoya en el de la ciencia. ¡Así, pues, pasaron las cosas!.. Sólo que, en lo general, el tipo de ciencia que surgió sería entonces coherente con la civilización capitalista, pues aquello de que “la ciencia es socialmente neutra y en sí” es una de las mayores patrañas que ha habido. Quisiera tratar de fijar aquí esas ideas con dos ejemplos históricos paradigmáticos:

Lo que llamamos termodinámica, que teorizara Carnot en Francia, surge como una necesidad de la primera Revolución Industrial, la inglesa, realizada a caballo de 1800, que se basó en el desarrollo de la máquina de vapor y que permitió a Inglaterra ser entonces prácticamente el único coloso capitalista de aquellos días. En la segunda mitad del siglo XIX se unifica Alemania en torno de Prusia y se ve forzada a desarrollar a marchas forzadas su aparato productivo industrial a fin de competir capitalistamente con Inglaterra, lo cual hará en torno del desarrollo del motor eléctrico y la industria química... por lo que como *subproducto*

científico surgiría la teorización del electromagnetismo con Hertz, la física estadística con Boltzmann y de su seno la mecánica cuántica con Planck... concepciones científicas globalizadoras, incluso coherentes con la también escuela filosófica idealista alemana que a lo largo de todo el siglo XIX preconizó noche y día la unión y levantamiento de la "nación alemana", por decirlo a la manera de Fichte. Sólo que ese "progreso y emprendedora competitividad" capitalista no fue ciertamente en beneficio del bienestar y de la felicidad de toda la especie humana, sino de la cartera de unos cuantos, como hoy es más patéticamente evidente que nunca... En lo que va de este siglo XX ya llevamos dos guerras mundiales, incontables "guerritas frías y calientes", cerca de cien millones de muertos por tales conflictos bélicos, opresión social y marginación económica espantosa de más de las tres cuartas partes del planeta y el futuro inmediato no es más halagador en estos tiempos de neoliberalismo y de su amo, el todopoderoso capital *especulativo*, como dicen los economistas, que es prácticamente dueño del planeta precisamente porque, por ejemplo, el tremendo desarrollo de la telemática (comunicaciones electrónicas desposadas con computadoras) le permite un muy eficaz control planetario.

Sin embargo, no deseo soslayar que toda regla tiene sus excepciones y valga al respecto un par de ejemplos: quizás el mejor matemático de todos los tiempos, cuya obra se despliega en el tercer cuarto del siglo XIX con una trascendencia enorme hasta nuestros días, haya sido Bernard Riemann, al que después de muerto la "ciencia oficial" ha honrado hasta nuestros días... pero teniéndose buen cuidado de ocultar que tuvo contribuciones en filosofía y en particular en teoría del conocimiento que mucho se acercaron a las concepciones marxistas, y ocultamiento que también piadosamente se extendió a una vida difícil que llevó por no comulgar "como se debía" con las estructuras sociales de su tiempo. La obra de Riemann es matemáticamente una obra revolucionaria que surge en el ambiente de crisis social y cultural que provocaron en el Viejo Continente los acontecimientos de 1848 que parecían iban a sacar de la historia a la civilización capitalista. El otro ejemplo es Albert Einstein, celebrado contemporáneamente hasta el infinito y considerado ya "institucionalmente" el mejor físico de todos los tiempos... no sin soslayar que su famosa teoría

de la relatividad y otras contribuciones de posterior gran repercusión las hizo cuando era un joven disidente de los grandes pontificadores de la ciencia oficial de aquellos días y que, además, siempre fue ideológicamente un hombre de pensamiento muy progresista, yo diría que incluso en clave socialista. Como esos ejemplos pudiera citar otros como los de Evaristo Galois y Nicolai Lobachevski, que revolucionaron los conocimientos científicos de su época, siempre de una manera u otra en lucha contra la sociedad de su tiempo, con un pensamiento “mal visto”, muy progresista y generalmente en situaciones de crisis de civilización que suelen permitir “romper culturalmente los esquemas”... pero como la civilización capitalista se mantuvo y se mantiene, estos ejemplos únicamente confirman la regla: la ciencia que conocemos es hija del capitalismo y éste de ella se ha aprovechado para mejor medrar.

¿Quiere decirse que la ciencia es “buena o mala”, “verdadera o falsa”, “conservadora o revolucionaria”? ¡Es una pregunta falsa, de mala fe, “con truco”, mal planteada!... Trataré de explicar por qué.

Más que *ciencia en sí* —ivaya majadería!— hay que hablar de “concepciones científicas”, que siempre son activas y se integran de maneras muy complejas con lo que llamamos civilización. Pienso que hay que asignarles al menos las siguientes características, todas las cuales interaccionan mutuamente:

I. Implícita o explícitamente siempre tienen una posición filosófica. Cuando, por ejemplo, hoy día unos consideran que el mundo físico finalmente se explica “a nivel de lo más pequeño determinante en última instancia” y otros optan por decir que todo lo que existe son *sistemas complejos* en donde se escalan e interaccionan muchas maneras de presentarse la naturaleza... hay una polémica subyacente entre “los reduccionistas” y los que conciben a la naturaleza en un todo dialéctico, materialistamente dialéctico...

II. Poseen ciertas metodologías que de hecho se apoyan en una “concepción del mundo” coherente con lo dicho en el punto anterior. Los mecanismos de razonamiento científico ni son triviales y *en sí* ni tampoco independientes de esas concepciones y ópticas con las que se aborda tal o cual desafío científico. Si yo, por ejemplo, digo que para estudiar un fenómeno muy irregular es

innecesario aplicar la metodología de la estadística matemática pues pienso, como lo creía Poincaré, que podría hacerse en el marco metodológico y *determinista* de las llamadas funciones analíticas... lo que en el fondo subyace es mi idea de que el azar no existe, todo es absolutamente determinable por la razón humana.

III. Tienen ciertos contenidos *técnicos*, axiomas, teoremas, resultados y cosas así... que es lo que, en un sentido tremendamente estrecho, es considerado "ciencia"... y claro, esos contenidos obviamente no son ni rojos ni verdes, ni progresistas ni conservadores, ni moralmente buenos ni malos... pero acontece, lector, que están en estrecha interacción con los dos puntos anteriores y los que ahora van a seguir, en un todo que finalmente sí es propiedad y reflejo de una civilización a todos sus niveles.

IV. Tienen siempre objetivos a corto o largo plazo que, a la postre, todos son sociales, que pueden ir desde las aplicaciones tecnológicas explícitas hasta las de "prestigio social" que pueden halagar la vanidad de un científico, sirviendo así incluso inconscientemente de justificador de la existencia de "listos y tontos" y, por ende, la inevitabilidad de las clases sociales... yo tengo para mí que en el mundo de hoy ya marchan muy estrechamente unidos ambos extremos.

V. Implican siempre un proyecto pedagógico para, por esa vía, autorreproducir continuamente los cuadros científicos de la *ciencia normal* (por emplear el lenguaje de Kuhn), que defiendan siempre a capa y espada la concepción científica particular que se profese. Creo que el ejemplo más paradigmático de esto aconteció en matemáticas con la famosa Escuela Bourbaki, formalista y abstracta, que literalmente rescribió a su gusto la historia de las matemáticas a fin de justificarse como lo único digno de pensarse en matemáticas... lo que obviamente es un conocido fenómeno social llamado *intolerancia cultural*.

VI. Y, en fin, determinan cierto tipo de actividad humana pues, en la vida, lo que se piensa y se persigue es coherente con lo que se hace y cómo. Pondré un solo ejemplo muy conocido del medio científico: la *meritocracia* imperante impone que la valía de un científico se mida por su "productividad individual", es decir, el mayor número de artículos científicos que muy personalmente sea capaz de publicar por unidad de tiempo... algo similar a la productividad masiva de mercancías de las cadenas de montaje

que ideara Henry Ford, atentando esto contra la labor colectiva y los objetivos importantes a largo plazo. No podía ser de otra manera en una civilización en la que se prioriza inmoralmente el exclusivo triunfo y beneficio personal, caiga quien caiga al lado.

¿Qué hacer ante lo anterior? Decían en la antigua Grecia que “los dioses ciegan primero a los que quieren perder”... y una buena manera de cegar a los seres humanos llamados científicos, halagando su vanidad o fomentando el miedo al deterioro de su vida material con “premios y castigos” a la meritocracia individual como acontece hoy, es hacerles creer que las concepciones científicas no se caracterizan por los seis principios en interacción mutua que hemos mencionado, sino por uno solo de ellos, el tercero, ese que en una estrechez mental terrible reduce “la verdadera ciencia, *la ciencia en sí*”, a sus contenidos técnicos de ciertos axiomas, teoremas, fórmulas y resultados. Se vuelve así el científico el *hombre unidimensional* que denunciara un Marcuse, el “especialista” que quizá sepa mucho de “*su campo*”, pero que desconoce el mundo, la vida, las alegrías y sufrimientos de otros seres humanos con los que no se solidarizará jamás, pues “eso no es un problema científico”. En fin, se transforma en una marioneta en manos de los amos de la actual sociedad capitalista.

Lo primero que hay que hacer es, en consecuencia, conciencia en los científicos —y en los no científicos para que también les recuerden!— de que la ciencia, como finalmente toda actividad humana desarrollada en colectividad, tiene siempre una posición filosófica, mecanismos metodológicos de razonamiento que le son coherentes, finalidades al fin sociales; intenta ser un proyecto educativo y formador de conciencias e implica, a partir de todo lo anterior, una forma de comportamiento en la vida que llamamos actividad humana. Lo grave del asunto, lector, es que la adquisición de una conciencia similar amerita como requisito preliminar la posesión de un panorama cultural lo más horizontal y amplio posible... por ejemplo, todo lo que llevamos dicho en los cuatro apartados anteriores de este capítulo, pero desgraciadamente, en la formación actual de un científico esa dimensión cultural multi e interdisciplinaria, que es la que se da a la sensibilidad humana, se pierde en cuanto se abandona el bachillerato y se ingresa a la “enseñanza superior”; se entra a templos del saber que, por decirlo en el lenguaje del siglo de oro, forman al “villano en su rincón”,

al sabelotodo técnico de su rincón especialista, pero sensiblemente ignorante del vivo mundo de todos los restantes humanos, pues tal cosa “no es la suya”. ¡Es hasta satanizada “grilla” pretenderlo, pues *atenta* contra la supuesta eficacia profesional! En el mismo orden de ideas anterior se coloca la nefasta influencia de la formación escolástica en clave elitista del científico que impide el intercambio entre “el maestro y el estudiante de ciencia” de *algo más* que saberes científicos, tales como ilusiones, ideales y otras sensibilidades; un fenómeno de intolerancia social escolástica muy extendido al menos en Europa y en Oriente, en un olvidar lo que ya en el Renacimiento dijera un Giordano Bruno: la ignorancia —digamos aquí de tal o cual conocimiento científico especializado— no es justificante para no saber pensar... por lo que hay que hacerse eco, para formarse sensiblemente uno mismo, de los otros, todos, “del pueblito”, abandonando la propia torre de marfil. Estoy consciente de que para eliminar las taras anteriores hay que transformar radicalmente los centros académicos y las universidades, lo que plantearé en un texto posterior... pero, mientras ese llega, desearía añadir algo más:

¡Algo más que es muy simple! Para que la ciencia no se vuelva la mortaja del ser humano que nos apliquen amos, debe tener conciencia... hoy no la tiene. A lo más, lo que hay, de vez en cuando, son científicos aislados que quisieran tener conciencia, pero que no se atreven a ello siendo consecuentes socialmente con ella, pues miedo tienen de perder “la posición” o el bienestar elitista que de ella se desprenda... habiendo, claro, excepciones confirmadoras de la regla. Una conciencia que se proponga en la actividad humana concreta el bienestar y felicidad de toda la especie humana como condición preliminar e irrenunciable de la propia —inacería entonces otra nueva ciencia!— pero mucho me temo que sólo está al precio de entender que la frase “ir al pueblo y entenderlo” no es un eslogan sino una necesidad perentoria... o no habrá jamás cambio de civilización. ¿Que cómo hacer lo anterior, lector? Bueno, ¿por qué no empezamos ya los debates colectivos para ello? No sé los demás, ¡pero yo por lo menos necesito oír tu voz!

Una de las consecuencias de la ciencia, la que se considera de la mayor importancia pues cambia la realidad material del mundo en que vivimos, es la tecnología con la que las riquezas que existen en la naturaleza se transforman en objetos... que no me atrevería a llamar, como escuetamente dicen los diccionarios, "de utilidad para el ser humano", pues es un pronunciamiento engañoso y muy exagerado en el seno de la civilización capitalista que vivimos. Hoy simplemente sirve para producir "valores de cambio", mercancías sin cesar cuya llamada "utilidad" está en entredicho para la inmensa mayoría de la especie humana, y aún más para el planeta Tierra, si éste pudiera tener voz y clamar contra los agravios que se le infieren sin cesar. ¡Si la ciencia no es neutra, muchísimo menos sus actuales aplicaciones tecnológicas, pues ellas están mucho más directamente en contacto con la ganancia capitalista! Alguna vez, durante una discusión sobre la industria bélica y sus consecuencias genocidas, escuché a algún necio afirmar que "las balas de una pistola en sí mismas no matan sino el hecho de que se las dispare", con lo que intentaba demostrar "que la tecnología en sí no es dañina sino el cómo se la aplique". ¡Otra vez el discurso nefasto de la supuesta neutralidad social de la *cultura en sí!* A ese necio habría que haberle dicho que las balas tienen la única posible aplicación de dispararse... pues no existe magia alguna capaz de transformarlas súbitamente en, por ejemplo, medicinas curativas. Y es que la tecnología está firmemente condicionada por el objetivo social con el que se la crea, sirviendo entonces a ciertos intereses creados en detrimento de otros, incluso en perjuicio específico de esos otros, determinando ello la calidad de la civilización en que se vive, ien nuestro caso, pésima! Los arqueólogos, por ejemplo, conocen bien este principio fundamental, pues es incluso guía de su actividad profesional. Examinan aquí y allá cacharros y utensilios de épocas idas para determinar qué tipo de sociedad y civilización los creó... digamos que "la tecnología delata" con mayor eficacia que un fiscal. En ese sentido, no es exagerado decir que "las máquinas hablan" de las posibles fechorías sociales... ¿Y de qué nos hablan hoy día? Empecemos por este interrogante.

Nos hablan de que, desde principios del siglo XX, los grandes aparatos productivos industriales están integrados secuencialmente por máquinas muy especializadas en muy pocas operacio-

nes que sólo tienen utilidad si en cadena se las conecta unas con las otras, en el buen estilo de las cadenas de montaje que ideara un Ford, de tal suerte que la actividad obrera sigue la conocida filosofía de “un trabajador, un puesto fijo en la producción y pocas operaciones elementales y repetitivas a realizar ahí”, estando cada uno de ellos a cargo de cada una de esas máquinas concatenadas. De esta manera, la actividad del trabajador es reducida a casi movimientos instintivos y robóticos que no permiten ninguna creatividad, produciéndose el famoso fenómeno de la “enajenación”, en donde se pierde todo libre albedrío y lo que entonces es un atentado contra el ser humano... En contrapartida, se producen mercancías masivamente a una velocidad inusitada, que ingresarán al mercado de consumo aumentando sin cesar las ganancias de los “capitanes de industria” lo suficientemente poderosos financieramente para instalar semejantes aparatos productivos.

Tecnológicamente, esas cadenas productivas tienen una ventaja adicional para el capital, como si fueran “módulos intercambiables”, las diversas máquinas especializadas pueden remplazarse por otras similares, variando así infinitamente, en poco o en mucho, el tipo de mercancías que ingresarán al mercado de consumo. ¡Producir por producir, sea lo que sea, para ganar y ganar cada vez más!... La paradoja social de una civilización capitalista que llena las vitrinas con los más variados e incluso extraños e inútiles productos ante la mirada impotente del obrero mal remunerado al que le falta hasta lo elemental para la supervivencia. Con el andar del tiempo se introdujeron en los grandes aparatos productivos industriales los procesos automáticos —hoy las computadoras permiten fácilmente hacerlo— lo que volvió innecesario incluso aquel obrero enajenado a trabajo descalificado... uniéndose, pues, a lo anterior otro fenómeno social, el desempleo, ivitrinas comerciales insultantemente llenas de todo lo imaginable ante la mirada ávida e impotente de los marginados, los *Condenados de la tierra*, que dijera un Jean-Paul Sartre!

El tipo, pues, de máquina no es “neutra”, si bien la responsabilidad última de las fechorías sociales le compete a la civilización capitalista en su conjunto. En los llamados circuitos de circulación y distribución de mercancías —todo ese mundo por el que transita un producto industrial hasta llegar a las manos del consumidor

—se sigue el mismo principio de atomizar la actividad humana en una cadena secuencial de actividades humanas descalificadas que enajenan, desvalorizan y rebajan al trabajador que en ese mundo se integra. ¡Tecnología aquí, ya no de las máquinas en sí, sino del control, en clave de la psicología conductista, de la actividad humana!... Es conmovedor y patético, por ejemplo, observar cómo una cajera explotada de alguna cadena de tiendas de autoservicio sólo sabe apretar unas teclas de una computadora elemental, cuando ante la reclamación de un cliente no sabe comprobar una cuenta, pues tampoco sabe sumar bien. Como sigan las cosas así, el ser humano va a bajar más aceleradamente la cuenta de la evolución... consecuencia de la “tecnología de las máquinas y del comportamiento humano” inherente a la civilización capitalista. ¡Le llaman fariseamente a eso progreso y desarrollo!

Pero hay otro problema inherente a esos enormes sistemas productivos industriales que hemos descrito. Son la “alta densidad de consumo de energía”; devoran sin cesar crecientes cantidades de derivados de todo tipo del petróleo —hoy, de él depende más del sesenta por ciento de la industria planetaria. Y ese devastador consumo, al margen de las consideraciones económicas, implica dos consecuencias: la emisión masiva de todo tipo de contaminantes, envenenando la atmósfera y la producción incontenible de desechos industriales que contaminan irreversiblemente todo lo que sea “tierra y aire”, atentando contra la vida del planeta... Quien viva en la Ciudad de México sabe de lo que hablo y si, además, habita por allá por la región industrial de Tlalnepantla, lo sabe aún mejor. En fin, se saquea tecnológicamente un planeta... para atentar contra él en lo que es un atentado implícito de la especie humana contra sí misma. ¡Los “beneficios de la sociedad industrial”!

De la industria química en particular algo más tenemos que decir en la misma clave anterior: no hace mucho me decían en París —y espero que no se molesten los franceses por esta anécdota!— que “un francés capitalino se baña poco, dispone de muchos perfumes desechables, pudiendo así a voluntad adquirir otros”... y digo yo, ¿pero no basta con un buen jabón neutro y agua fresca? Pero a lo que voy: El consumismo que impone la civilización de hoy excita incluso la vanidad del ser humano y su consecuente deseo de “estar de moda, consumiendo, a la última ten-

dencia", toda clase de chirimbolos innecesarios para el atuendo y el aseo de la persona humana, productos cuyo uso es sabido atentan no sólo contra la atmósfera, sino contra la capa externa de ozono que debería protegernos de la radiación ultravioleta y que, en cuanto a los procesos químicos industriales que los fabrican, producen desechos tremendamente destructores de la llamada biodiversidad del suelo y subsuelo terrestre, de su fertilidad, e incluso de mares, ríos y lagunas en donde desaguan... y ya que estamos en este tema, debe mencionarse toda la producción de plaguicidas y deforestadores que, con las mismas consecuencias anteriores, sólo tienen la finalidad ganancial capitalista de, por ejemplo, la producción agrícola masiva, muchas veces absurda en cuanto a lo que los economistas llaman su "valor de uso", pero simultáneamente homicida, pues al priorizar el cultivo intensivo de un solo producto acaban con otras especies vivas necesarias para la vida y con su diversidad, transformando finalmente las regiones explotadas en desiertos.

He omitido voluntariamente hablar de la tecnología bélica, que atenta directamente y sin contemplaciones contra la vida humana, así como de las nefastas consecuencias de las tecnologías nucleares, incluso "civiles", y ello porque el ilustrar el cómo una civilización torcida ha orientado lo que llamamos tecnología en contra de la especie humana bien puede ilustrarse, como vamos viendo, con sus aplicaciones civiles más evidentes. ¡Bellísima la sociedad industrial actual!... No es extraño que así, desde los tiempos de Rousseau hasta hoy, haya habido voces rechazando firmemente la idea de que la sociedad industrial es fomentadora del bienestar y la felicidad de toda la especie humana. La de hoy, en todo caso, es creadora de terribles desigualdades y males sociales, incluso a nivel planetario ecológicos, en beneficio del inmenso enriquecimiento de unos pocos... esos que, de tanto en tanto, menciona la revista estadounidense *Forbes*.

Pero hay otro problema crucial, quizá el más importante de todos, que no podemos soslayar: las tecnologías de la información y la comunicación. Quien controla a esos dos factores es literalmente el amo del planeta... pues absolutamente todo es controlado por ellos, es el *know how* de los anglosajones, que dicta todas las normas del hacer humano e incluso conforma las conciencias de los seres humanos al gusto y medida de los intereses de los

amos sociales del planeta. Circuitos electrónicos sofisticados con base en la tecnología láser y las fibras ópticas, satélites espaciales, computadoras... todo en simbiosis hoy en el mundo de la información y de la comunicación cada vez más parecido a la tecnología de la película *La guerra de las galaxias*, pero ya concretizada, valga un ejemplo, en la Guerra del Golfo Pérsico.

Una tecnología que adolece de dos defectos que atentan contra la especie humana en su conjunto, si bien benefician económicamente a unos cuantos, tal cual es la filosofía existencial de la civilización capitalista: Se trata de sofisticados medios informativos y comunicacionales que para existir y operar ameritan de inmensos capitales muy concentrados, digamos que del orden de decenas de miles de millones de dólares, con lo que irrestrictamente toma el control aquella minoría humana que, en detrimento de los niveles de existencia del resto de nuestra especie, posee tan inmensas cantidades... servirá y sirve esa tecnología para perpetuar la civilización capitalista. Y, segundo, en cuanto a ese “servir a perpetuar la civilización capitalista”, opera de acuerdo a lo que yo llamaría “el principio del pulpo”: Se trata de redes planetarias de comunicación —i ya no hay rincón del mundo a donde no lleguen habiendo transformado a nuestro planeta en la *gran aldea* que a veces se menciona!— que, sin embargo, se controlan desde muy pocos y concentrados centros de decisión que extienden sus tentáculos por doquier, tentáculos por los que fluye la información, “lo que hay que hacer y lo que hay que pensar”, de manera *unidireccional*, como dicen los especialistas, desde los centros de decisión hacia todo el mundo exterior y no viceversa... como no sea para “ir checando” el estado de conciencia del mundo subordinado que yace a sus pies.

Es por ello, por ejemplo, que hoy día todo chirimbolo electrónico, grande o pequeño, que de una manera u otra implique información y comunicación, se diseña “modularmente”, esto es, piezas que deben encajar y finalmente integrarse en esas redes que hemos mencionado: las tarjetas de crédito, las operaciones bancarias, comerciales e industriales, los aparatos de audiovideo electrónicos de supuesta “diversión”, los llamados “correos electrónicos” que implementan computadoras a su vez integradas en redes de computadoras finalmente controladas centralmente y mil cosas más de nuestra realidad contemporánea cumplen esa

función... ¿Qué queda así del libre albedrío y creatividad del ser humano? Contéstate tú mismo, lector, la pregunta.

Entonces... ¿Qué hacer? ¡Pues crear una nueva *tecnología a la medida del bienestar* y felicidad de toda la especie humana, respetando además nuestro planeta y las formas de vida que aún hemos permitido existan, enviando al basurero de la historia el principio existencial básico de la civilización capitalista, el acrecentar sin cesar la ganancia material individual! Es una declaración humanística muy general, pero también muy concreta, pues marca deberes muy específicos para esa nueva tecnología que debería surgir:

I. La preservación de nuestro planeta Tierra y de las diversas formas de vida que lo habitan pasa, ante todo, por la utilización de fuentes energéticas renovables y no contaminantes (la energía solar y la energía eólica, por citar dos ejemplos). Fuentes que, como dicen los especialistas, suelen ser *de baja densidad energética...* no servirían, por ejemplo, para alimentar a los tremendos consorcios industriales que lanzan incesantemente mercancías al mercado capitalista, pero sí son muy útiles y versátiles para el mantenimiento de la vida humana en todas sus formas, si ésta se integra en comunidades sociales de autoconsumo y autosuficientes, o incluso para cualquier tipo de organización de la vida humana, siempre y cuando no esté sometida a la presión del incesante consumismo de la civilización actual.

II. En el mismo orden de ideas, procesos de extracción de materias primas que no sean contaminantes, lo que liga este problema al anterior, y materias primas que sean renovables... En todo caso, que no se rebase un límite que deteriore irreversiblemente nuestro planeta. Este último punto implica la necesidad de *reciclar* productos ya utilizados, transformándolos otra vez en materias primas. Claro está que esta óptica atenta directamente contra la "economía del desperdicio" de la civilización actual... pero es que de lo que se trata es de cambiarla.

III. Eliminación definitiva de todos aquellos procesos químicos que degradan la calidad de vida en el planeta, incluyendo la humana, y en esto hay que insistir en el empleo, en la medida de lo posible, de procedimientos y productos naturales... y, valga aquí el ejemplo, "más vale un buen jabón neutro que mil perfumes artificiales", y cultivos agrícolas extensivos, pero diversificando,

preservando las diversas formas de vida ante explotaciones intensivas que vuelven áridas regiones antes fértiles buscando el exclusivo beneficio de una mercancía que se lanza masivamente al mercado. ¡De lo que se trata es de beneficiar a toda la especie humana y no a unos cuantos accionistas especuladores de la Bolsa de Valores!

IV. Diseño de los procesos productivos considerando que, ante todo, es *prioritario* que la actividad humana ha de ser “creativa, transparente y permitir espacios muertos” ... Ya se habló en algún apartado anterior de este requerimiento: Implica que el ser humano, para realizarse como tal y no como un robot, ha de poder ser creativo añadiendo sus ideas e incluso ilusiones a lo que hace, hacerlo comprensible para todos y, aun así, tener espacio para gozar de la vida, de la naturaleza y de las relaciones humanas. Organizar así los procesos productivos es incompatible con los ritmos y cadencias de la producción industrial capitalista de lanzamiento masivo de productos al mercado con ansia de ganancia... pero es que eso, lo reiteramos, es justamente una lesión gravísima de la civilización actual.

V. Los métodos de información y los medios de comunicación deben acabar con la centralización actual, en donde los *receptores*, casi toda la especie humana, son seres pasivos y manipulados. Las nuevas redes de comunicación deben distribuir en toda la base social la capacidad *endógena* de generar y emitir la propia información, ideas, experiencias, saberes locales, de todos los seres humanos por todos los medios posibles al alcance de todos. ¡Simplemente hay que terminar con los *big brothers* que hoy dominan a este planeta y quieren manipular a la especie humana en su beneficio!

Hay, lector, otras consideraciones que habría que tomar en cuenta para definir e ir construyendo una nueva civilización... pero, después de todo lo dicho anteriormente, dejo esto a tu criterio, pues el cambiar nuestro destino ha de ser labor de todos... o simplemente nunca ocurrirá.

—¡Nada de año de descanso al terminar el bachillerato ni de querer ser artista, tienes que ser útil y serio!

— ¿Ser artista no es ser serio, papá?

— Como no tengas una inmensa suerte, que rarísimas personas tienen, es sólo ser serio en un asegurarse un futuro de muerto de hambre y de marginado para toda la vida...

— Yo quiero ser artista y si así me margino no me importa, pues esta sociedad no me gusta... es egoísta, violenta...

— ¡Tienes que entrar a la universidad y estudiar una carrera de verdad! Ingeniero, químico, médico... para ser alguien y tener éxito en la vida.

— Yo prefiero ser feliz, además no todos los que estudian lo que dices son alguien y tienen éxito.

— ¿Pero sabes por qué? Porque unos son más inteligentes que otros, ¡así es la vida!, y ella hace justicia colocando a los más listos arriba y a los más tontos abajo... pero tú eres inteligente.

Lector, puedes estar seguro que diálogos como el anterior se producen, hoy día, en muchas familias de la clase media en todo el planeta, con las únicas diferencias de que si se trata de familias más humildes, los estudios recomendados suelen ser carreritas técnicas que permitan llegar a ser capataz de alguna empresa y si, por lo contrario, son poderosas familias financieras, el padre recomienda a su *junior* estudios de administración de empresas en alguna universidad privada de élite, pues espera que su vástago le suceda algún día al frente de sus eventuales poderosas empresas, ¡pero la "filosofía existencial" del diálogo anterior es la misma! Una filosofía que delata las tres funciones básicas de los centros académicos: reproducir los cuadros que la sociedad necesita —capataces, ingenieros, grandes gerentes empresariales— y así, simultáneamente con un generar continuamente la estructura clasista de la sociedad de manera piramidal y descendente —"el que estará arriba, en el medio o más abajo"— inculcando además la ideología justificadora de ese estado de cosas: "ser alguien, tener éxito, los listos suben y los tontos serán parias, el arte y las preocupaciones humanísticas son inútiles". ¡Desde que hay lo que llaman civilización, con diferentes matices según lugares y tiempos, esas tres funciones han sido las esencias de las instituciones académicas que han existido!... y sigue siendo igual. La aparición de las universidades, ya desprendidas de escuelas parroquiales y

cardenalicias en la baja Edad Media, como en Boloña, París, Salamanca y otros sitios, no cambió en lo fundamental lo anterior. “Ser alguien de utilidad para tener éxito individual y escalar la sociedad” ya eran los consejos que hace milenios daban, por ejemplo, los escribas a sus hijos para llegar a tener cierto bienestar material y algún puestecito de funcionario en las cortes egipcias de los faraones... Hoy día, estamos igual porque en el fondo la civilización no ha cambiado, un ejemplo paradigmático de ello es la Escuela Politécnica de París, surgida en la época napoleónica, que cumple rígida y muy disciplinadamente las funciones anteriores al servicio de la sociedad capitalista francesa. ¡Claro que ha habido tormentas sociales contestatarias de ese estado de cosas al interior de las universidades, como planetariamente en 1968!, pero finalmente lo fueron “en un vaso de agua” y absorbidas por la civilización capitalista... *al no ir simultáneamente acompañadas de un cambio total y radical a todos los niveles de esta desdichada civilización.* Una civilización es un *sistema complejo* como dicen los físicos y los matemáticos, y que, como también sabe la biología, no cambia cualitativamente si no se actúa sobre él, simultáneamente, en todos los lugares y niveles de existencia... no es fácil deshacer lo que ya estaba mal desde hace siete milenios.

Todavía un comentario preliminar más amerita esa frase: “¡Nada de año de descanso al terminar el bachillerato...!”, con la que se inicia este apartado: Implicando está que muchos jóvenes han logrado soportar y así terminar el bachillerato... pero que de ninguna manera quisieran repetir la experiencia a nivel universitario de la llamada “enseñanza superior”. Quiero intentar señalar con esa reflexión que las nuevas generaciones valoran aún más negativamente “lo universitario actual” que los ciclos académicos inferiores. ¡Curioso fenómeno, puesto que, independientemente de sus niveles, todo el aparato académico de la civilización actual está orientado a cumplir las tres funciones sociales que ya hemos mencionado!... ¿En dónde, entonces, está la diferencia? Es una pregunta que dejaré abierta para ir la abordando a lo largo de las reflexiones que siguen. Vamos a intentar responder a tantos “por qué” anteriores:

Subsistema de ciencias, subsistema de humanidades, al interior de cada uno de ellos Facultad de Ciencias, de Filosofía y Letras, de Ciencias Políticas y Sociales, de Economía, de Arquitectura, de

Ingeniería, de Administración de Empresas, de Medicina, de Química... y así indefinidamente en un atomizar y dispersar en “islas académicas *autónomas*” la enseñanza de lo que hoy se cree es la cultura, iy, por supuesto, la investigación científica desfilando aparte pero también con la misma atomización y dispersión! Al interior de cada una de esas facultades y escuelas el mismo criterio de atomizar y dispersar “autonomías locales” subsiste; en la Facultad de Ciencias: física, matemáticas y biología conviniendo en edificio común pero literalmente en regiones académicas de hecho independientes, y así por el estilo a todo lo ancho y largo de la universidad. ¡Si quedaran las cosas ahí!, ¡qué va!... Al interior de un departamento cualquiera de no importa qué facultad o escuela todavía hay subdivisiones autónomas *de estructura fina*, por “pisos” según se sea “teórico” o “práctico”... y aun diría yo que esto se propaga hasta diferenciaciones cubículo por cubículo en, finalmente, un resaltar el individualismo a ultranza de los universitarios.

No es distinto lo anterior de lo que, por ejemplo, acontece en otras universidades extranjeras, como la de París, Bruselas, Roma, Madrid y así... En la Universidad Complutense de Madrid, por ejemplo, se distingue institucionalmente entre la Facultad de Ciencias Físicas y las de Matemáticas y Biología, “el villano en su rincón y cada uno para sí apropiándose de una parcelita de la cultura, literalmente pitorreándose muy a sus anchas del resto”. ¡No es fortuito que las cosas sean así! Simplemente se trata de estructuras académico-administrativas que reflejan fielmente el cómo en la civilización actual se considera que la cultura no es un todo diversificado pero interactuante, sino un conjunto de saberes distintos “que no hay que barajar entre sí”...

Y todo ello es la respuesta, a su vez, de la atomización de la sociedad en islas y compartimientos estancos pues así conviene a la civilización capitalista... tal cual, por ejemplo, Ford imaginó sus cadenas de montaje en la producción industrial, atomizando la actividad humana bajo el lema “un trabajador, un puesto y una función”, con los consecuentes fenómenos de enajenación de los seres humanos pues, después de todo, la labor de unión de todos esos pedazos sociales y en consecuencia culturales y académicos, ya la realizan y se la reservan, según sus particulares intereses creados, los amos y *big brothers* de la civilización capitalista. ¡Ellos

son los únicos que realmente se asignan a sí mismos, o lo intentan, la labor creativa del hacer cultural multi e interdisciplinarios, los únicos autoconsiderados con derechos a pensar! Que en estas circunstancias las nuevas generaciones rechacen a la universidad —“la petición del año de descanso antes de entrar en ese infierno”— es una obviedad, pues sienten que será un mutilar su conciencia e ilusiones... y si este rechazo no es tan radical ante el bachillerato se debe que en este nivel académico aún existe “el momento académico de unificación cultural que ofrece simultáneamente diferentes visiones y alternativas”, pues la enseñanza contiene al mismo tiempo desde lo social hasta lo científico pasando por el arte. No es trivial, entonces, el que en la actual civilización se intente romper institucionalmente el cordón umbilical del bachillerato con la llamada *enseñanza superior* para evitar que esta última sea contaminada por la visión integradora del primero.

Pero sigamos adelante. Así como horizontalmente hay en la universidad esa dispersión de compartimientos estancos y autónomos, también hay una división, y en ella subdivisiones, en niveles verticales constituyendo el todo una estructura piramidal jerárquica descendente que, tanto en lo administrativo como en lo académico, impone marcadas diferenciaciones a su vez socialmente traducidas en diferenciaciones de poder de decisión, de situación social y de salario... por aquello de que, como en el diálogo que inicia a este texto, “siempre hubo tontos, listillos y muy inteligentes”. Creo que ya a las alturas de este apartado resulta una perogrullada, pero una realidad amarga, el que lo anterior es un reflejo fiel de la estructura piramidal y jerárquica que, en cualquier ámbito que se considere, caracteriza a la civilización capitalista.

¿Algo más que añadir? ¡Ya lo creo!... Falta aún lo que yo llamo “el toque fino de la exaltación de la meritocracia individual” —itodo un poema de manipulación de la conciencia humana! Al universitario de “planta”, quiero decir profesores e investigadores, se le mide, considera y remunera de acuerdo al principio industrial de producción taylorista de “tanto produces, tú solito, por unidad de tiempo entonces tanto eres y ganas en el sueldito” —icarajo, cuánto ha pesado en esta civilización la filosofía industrial de Ford y Taylor!— que en el argot del medio universitario llaman “publicitis”: Artículos científicos publicados en lengua del

imperio, inglés, individualmente y a la mayor velocidad sin perder tiempo ni para ir “a hacer del dos a la esquina del pasillo” y, por supuesto, bajo la inquisitorial mirada de los que como en la tauromaquia “dan y quitan”, los censores de la metrópoli imperial; también en la misma óptica se consideran los libros pero en menor grado, pues están más libres de tales censores y por ser su producción a largo plazo generalmente son poco “productivos”... ¡Cervantes hubiera sido un insigne vago, pues en su vida únicamente escribió un Don Quijote! Incluso se considera en poco la labor docente de formar nuevas generaciones... sólo un poquito para no quedar mal con el concepto de cultura, pues, ¿para qué formar nuevas generaciones si lo que tienen que hacer es integrarse mansa y eficientemente en una civilización cuyos destinos, funciones y haceres ya decidieron hace mucho sus amos? “Bueno, pero yo publico bastante... sólo que además de cobrar mi sueldito por ello no sé cuál es su objetivo social final. ¡Tú produce individualmente sin preguntas majaderamente subversivas!, ¿quieres que te baje el sueldo?” ... ¡Todo un poema humanístico! ¿Después de eso qué queda de aquel decir tan famoso: “la universidad es la conciencia de un pueblo”? Tú, lector, respóndete esa pregunta.

Las consecuencias sobre los universitarios “de paso”, estudiantes, son obvias; se les transmite (se intenta al menos) la aética conciencia de la civilización capitalista... y, vía mecanismos como los llamados de difusión cultural y extensión académica, a toda la sociedad. ¡Me vienen deseos, a la manera anarquista de un Bakunin, de clamar que más valiera no hubiera habido universidades!, pues al menos en su ausencia seríamos ignorantes pero seres humanos no manipulados por titiriteros poseedores de talegas de monedas... si las universidades sólo van a servir para perpetuar siete milenios de civilización deforme más vale que no existan.

Desahogado el grito existencial anterior conviene ser positivos —¡vaya que cuesta trabajo!— desembocando en el interrogante crucial: ¿qué hacer?... Pues desde que tengo uso de razón, ninguna crítica, por profunda que sea, me pareció válida si no ofrece alternativas. Los pueblos no perdonan que les rompan su mundo sin ofrecer simultáneamente la alternativa... suelen reaccionar renegando del presente pero volviendo a traumas peores del pasado. Creo que lo estamos viendo hoy en varios sitios del

planeta. ¿Qué hacer? Tengo para mí que al menos considerar lo siguiente:

I. Primero una cuestión de principio: Nada de lo que digamos aquí es suficiente para cambiar absolutamente nada si no va acompañado simultáneamente por cambios a todos los niveles en la civilización actual, cumpliendo por ejemplo los múltiples deberes que se señalan en todos los apartados de la presente serie periodística. Los llamados *sistemas complejos* sólo cambian a ese precio, léase siete milenios intrincados de la misma civilización deforme. “Un cambio aquí olvidando los otros allá”, únicamente reforzaría lo existente en la filosofía “gatopardista”: que algo cambie para que todo siga igual.

II. Bajo ninguna circunstancia debe permitirse la separación del bachillerato de la enseñanza superior, pero esto es apenas el inicio de la verdadera recomendación: “ciencia con conciencia” y “conciencia con ciencia”, aun si los estudios de la enseñanza superior son especializados, el momento de unificación de toda cultura del bachillerato debe mantenerse, pues sólo una conciencia cultural amplia y sin fronteras internas puede ser lo suficientemente versátil para que todos coincidan en la necesidad de crear una nueva civilización, qué característica tendría y, en consecuencia, qué problemas habría que resolver. Las carreras científicas y técnicas deberían contener en sus estudios una parte de la visión de las letras, del humanismo y del arte, y estas últimas, a su vez, cierta visión científica del mundo que nos rodea y de lo que técnicamente podríamos hacer ante él... de esta manera el poder de decisión del destino de una civilización no queda en manos sino en la base social. Pienso que, con énfasis en cada especialidad que se estudie, esto podría implementarse ofreciendo en la primera parte de los estudios un conjunto colectivo de materias comunes, incluso impartidas activamente por un conjunto de maestros para romper el nefasto individualismo y, en la segunda mitad de los estudios, el estudiante podría escoger libremente en todo el ámbito universitario aquel otro conjunto de conocimientos a adquirir más acordes con su vocación e ilusiones; la preparación universitaria debe asentarse en el libre albedrío y ser lo suficientemente multifacética para poder afrontar los futuros retos de una nueva civilización.

III. En todo lo que llaman comunidad universitaria, desde los universitarios “de planta” como los universitarios “transitorios”, deben estructurarse e instalarse, capilarmente y a partir de su base, organismos colectivos de decisión, gestión y control de todo el hacer universitario —i hasta las llamaría yo *comunales!*— que de manera ascendente vayan articulándose interdisciplinariamente hasta que de esta manera se abarque una visión total de la universidad... lo que no está reñido con la “eficiencia operativa” más que desde la óptica de la sociedad capitalista y que es imprescindible incluso como ejemplo ya de configuración a toda la sociedad de cómo habría globalmente que organizarse, “la unión en el respeto a la diversidad”, en una nueva civilización. Lo que tiene que terminar es la estructura piramidal jerárquicamente descendente que impera dentro y fuera de las universidades.

IV. “Estructura sin funciones es un cascarón vacío que puede incluso servir al enemigo” como reza un sabio refrán... lo hemos visto en la historia de las universidades cuando cambios democráticos de fondo no fueron acompañados de definiciones concretas del porqué de la universidad y sus responsabilidades ante la especie humana. Creo que dos responsabilidades son las esenciales: Primera, inculcar en el estudiantado una conciencia ética y la mística que haga necesaria la tarea de crear una nueva civilización y, segundo, que las universidades se impongan académicamente como tarea prioritaria el ir resolviendo los problemas *no de la actual torcida civilización sino los que creará la nueva civilización a la que hemos de llegar...* para empezar, implicando está eso de acabar con las nefastas “valoraciones de la meritocracia individual”, ¡“contar pilones” lo llama el pueblito universitario!, que hoy reina por doquier.

V. En fin, que la universidad se proyecte hacia su exterior social, a todos los niveles, tratando de que esos niveles sociales se estructuren a su imagen y semejanza... para que sea cierto aquello de que es “la conciencia de un pueblo”.

Apenas unas cuantas tareas mínimas...

VIII. MUNDO FEMENINO, LA MITAD DEL CIELO

“Luz y sombra”, todos los seres humanos lo somos y el que la combinación sea la claridad o resulte en penumbra también depende del medio en el que hemos vivido y vivimos, en el caso de

los seres humanos en mucho fabricado por ellos mismos. No escapa a este principio la mitad de nuestra especie, el mundo femenino. Sé que va a ser muy polémico lo que voy a decir sobre el mundo femenino —inada menos que la mitad de la humanidad!— pero no es soslayable ese tema si deseamos cambiar una civilización... hago pues “de tripas corazón” y voy para allá:

¿Cuál es “la luz”?... Lo diré de un tirón: La mujer es *Gaia*, tal como la concebían los antiguos griegos, la Madre Tierra dadora de la vida, lo que independientemente de su apreciación literaria o de sus consecuencias psicológicas es un hecho biológico. El don y consecuencias de su maternidad. Para un hombre es casi imposible entender ese problema y a mí, después de haber reflexionado y hablado en el pasado con muchas y distintas mujeres sobre el tema, me ha costado muchísimo entenderlo... y a medias. ¡Pero fue un “a medias” muy revelador! Es la mujer la que gesta al hijo dentro de su cuerpo, la que da a luz a las nuevas generaciones, y por lo general, excepto cuando hay graves desviaciones psicológicas o ha sufrido una violación, se siente durante el estado de gestación como en una especie de “estado místico y de gracia”, como la que sabe que no sólo está participando en el nacimiento de una vida sino que la está creando ella misma y es muy *directamente* su continuación y parte de su ser... es algo que, obviamente, no podemos sentir los hombres por mucho que queramos a nuestros hijos. Y, en realidad, en todos los mamíferos es así... por razones biológicas intrínsecas del sexo la mujer suele sentir en el hijo, desde su gestación, la continuación de *su* propio ser. Es por ello que los hijos, sobre todo cuando son pequeños, se sienten mucho más ligados a la madre que al padre y sólo al crecer, por obra de la sociedad externa y del deseo que entonces llega de ser uno mismo realizándose individualmente, ese lazo psicológico afloja y se atenúa...

En ciertas sociedades, como la mexicana, por ejemplo, ni siquiera al crecer acontece del todo esa ruptura. Creo que subproducto natural de este fenómeno, en el caso de parejas equilibradas y que sin tormentas se quieren, es el que afectivamente el hombre se siente mucho más ligado y absorbido por la mujer que ella por él... el amor o desamor de una mujer puede elevar o derrumbar a un hombre, el del hombre por la mujer bastante menos. Lo que intento decir con las reflexiones anteriores es que —finalmente

por razones biológicas determinantes, no en primera, pero sí en última instancia!— el fenómeno de la procreación de nuevas generaciones, por ser privativo del mundo femenino, le confiera a éste una cualidad magnífica e inusitada: *trascender su propio individualismo en un sentirse ligado a otros seres humanos los que (mundo masculino) por ello mismo tienden a su vez a sentirse más unidos a “la otra mitad del cielo”...* Lo diré de manera más llana: Si alguien puede contribuir a romper el individualismo que ha caracterizado al ser humano, dando como consecuencia una civilización que desde hace siete milenios es egoísta y violenta, es precisamente el mundo femenino. En la medida misma que el problema fundamental de nuestra especie —incluso como cuestión de supervivencia!— es el individualismo, también entonces los deberes de la mujer para contribuir a cambiar de civilización son fundamentales. ¡No te molestes, mundo femenino, si resumo lo anterior de manera demasiado franca!, lo diré así: “Si puedes moldear a los hijos a tu imagen y semejanza e influir tanto en el comportamiento de los hombres... utiliza desde hoy esas capacidades para inculcar a la humanidad la necesidad perentoria de abandonar la deforme civilización actual y crear otra nueva”. Lo necesitamos con urgencia. Porque el problema fundamental para acceder a una nueva civilización no está tanto “en lo externo” sino en el cambio de la conciencia interna de cada ser humano. Esa es “la luz”...

Pero, ¿cuál es “la sombra”? Todos los seres humanos guardamos memorias de los hechos traumáticos que alguna vez, en un sentido u otro, afectaron nuestra vida individual e incluso recordamos las emociones y sentimientos que entonces tuvimos... pero es un hecho conocido de la psicología que, en general, mientras el hombre recuerda lo anterior como si lo leyera en una novela o, ya pasado el tiempo, creyera que le aconteció a otra persona, la mujer, al venir a su mente una vez más esos recuerdos, vuelve a vivir y a sentir las mismas emociones y sentimientos de antaño como si todo ocurriera otra vez; en el sentido anterior la memoria femenina es mayor que la del hombre. Digamos que la memoria de la mujer es “más completa porque es más activa”. Parece tener lo anterior sustento biológico en el siguiente hecho: El cerebro humano está constituido por dos hemisferios interconectados, en cada uno de ellos hay ciertas funciones localizadas, pero también

en los dos en su conjunto otras distribuidas entre ambos. Lo que llamamos memoria, que la hay de diversos tipos, a pesar de que nos queda aún muchísimo por aprender, sabemos que no se mantiene *fija* y estática en un lugar dado, como por ejemplo, el disquete de una computadora, sino que es *activa*... la imagen coloquial y llana sería "como fluyendo continuamente en diversos circuitos". Ahora bien, si la interconectividad entre ambos hemisféricos cerebrales es mayor, que es el caso de la mujer respecto del hombre, esos *circuitos* serán mayores y, en consecuencia, la memoria más completa e íntegra... y quizá por ello se vuelven a vivir los hechos del pasado al recordarlos. Voy a osar decirlo literariamente de una forma compulsiva: "¿Amaste, mujer, en el pasado? Entonces volverás a amar cada vez que recuerdes hechos de ese amor... Pero, ¡ay!, ¿odiaste entonces? ¡Entonces con tus recuerdos de aquello volverás a odiar tan intensamente como antaño!... Tu patrimonio será el rencor". Y, fuera ya de la metáfora literaria, el rencor entonces se extiende a todo el mundo social externo que enmarcó los hechos que produjeron ese rencor, sus odios y sus frustraciones.

Las consecuencias de lo anterior son bivalentes, pues el rechazar a una civilización torcida ya de siete mil años, que entre "algunas" de sus fechorías están las de pisar a la mujer, está muy bien... pero ya no está tan bien que ese rechazo sea emocional y subjetivo, que desemboque en una guerra de sexos al interior de la especie humana, que lo único que logrará es hacernos descender la cuesta de la evolución más rápidamente de lo que lo estamos haciendo ahora. Yo entiendo que dentro del mundo femenino surja un clamor que diga: "soy mujer, por ello al amar al hombre me entregué totalmente a él pues soy procreadora de la vida!... y él me respondió pisándome y con mil humillaciones... entonces, ¡sí, que cambie la civilización, pero que antes pase mil purgatorios el mundo masculino!", es explicable tal reacción... pero es, ya digo, acelerar el descenso evolutivo de la especie humana. Si hemos de crear una nueva civilización *ese* tipo de comportamientos simplemente no puede ser. La utopía no se construye con base en los rencores sino en los más altos ideales. Lo que no puede ser es que el mundo femenino se vuelva un demiurgo capaz de dar la vida y cambiar todo, pero prefiera sacrificar a la mitad de sí mismo pereciendo el todo, ¡es demasiado ofrendar en el altar del rencor

aun si tiene socialmente raíces históricas milenarias!... terminaría-
mos durando como especie infinitamente menos que los dinosaurios.
¿Qué hubieran sido cien mil años de la especie humana ante los 64 millones que duraron aquellos saurios prehistóricos? Un parpadeo.

Pero aún hay que ir más a fondo. El rechazar subjetiva y emocionalmente una civilización por torcida que sea puede provocar —¡hoy lo hace!— comportamientos atentatorios contra la supervivencia de *toda* la especie humana. Trataré de hacerme entender: Nuestro mundo masculino, con base en el pecado original de egoísmo y entonces de violencia, ha creado mil injusticias y opresiones que socialmente han caído como una mortaja sobre y contra su propio creador —¡la *sociedad fálica* oprime también muy duramente al hombre, lo sofoca! ¿Por qué pues tratar de emular mimética, socialmente, ese “éxito” que lo destruye? “Quiero ser, controlar y mandar exactamente igual que él lo hizo siempre, ¡así me libero!”... ¿No piensas, compañera, que terminarás a la postre tan sometida y sojuzgada como él? ¡Pero si de lo que se trata es de cambiar a la civilización y no de que una mitad de la especie humana por rencor contra la otra media continúe otros siete mil años sosteniéndola!... dejando nuestro planeta sólo en presencia, ¿qué diré?, de los artrópodos. Creo que el comportarse así es el triste error de una parte de los movimientos de liberación o emancipación femenina... sin que por ello exonere al mundo masculino de su “pequeño” pecado de haber creado la civilización que ya milenariamente arrastramos.

—Juan, ¿por qué hace tres días llevabas unos calcetines amarillos que no te quedaban bien?

—¡María, pero si no me viste más que unos minutos!... ¿Sabes que yo a mi gran amigo Pedro lo veo todos los días y no recuerdo la camisa que se pone?”

En la anécdota anterior está reflejada la gran capacidad de observación que caracteriza al mundo femenino, que entonces se extiende a la perspicacia e incluso en una capacidad de previsión del futuro, a la intuición famosa como “sexto sentido femenino”. Creo que, aun si quizá tiene cierta base en las estructuras cerebrales como defienden algunos trabajos científicos actuales, este famoso sentido femenino es obra aplastantemente mayoritaria de la historia social de la humanidad, me parece que en el sentido

siguiente: La actual civilización ha sido creada, aun si casi todos sufrimos por ese resultado, en términos patriarcales, a imagen y semejanza del hombre por lo que “nuestros peccadillos y desviaciones” siempre fueron considerados “comportamientos naturales y excusables del hombre”... pero, en contrapartida, la menor desviación de la mujer siempre fue satanizada y muchas veces reprimida hasta la muerte. En la Biblia se habla de muerte por lapidación, apedreo, de la mujer adúltera; en las antiguas culturas mesopotámicas el sólo hecho de intentar el adulterio, sin lograrlo, se penaba con el empalamiento de la mujer o incluso sofocándolas al mantenerles la cabeza metida en el agua a pesar de sus frenéticos pataleos... y así por el estilo. Un animal acosado de tal manera, cuya vida peligra a cada instante por el más pequeño error, aprende a sobrevivir observando incluso los detalles más nimios del mundo externo y sin olvidar ninguno, si es el ser humano, reflexiona entonces con cuidado sobre las consecuencias de cometer el menor desliz e, incluso, aprende a pronosticar el futuro... tengo firmemente para mí que en lo anterior está el origen del famoso “sexto sentido femenino”. Pero, como dice el refrán: “no hay bien que por mal no venga” —la vida es dialéctica y llena de contradicciones!— y esa capacidad múltiple del mundo femenino de observación, perspicacia e intuición, entonces del futuro puede ser —¡si el mundo femenino quisiera!— un mecanismo fundamental que permita a la especie humana acceder a la nueva civilización que necesita, sin errores ni retrocesos. ¿Lo querrá ser? O bien, ¿las ofensas de más de setenta siglos de civilización patriarcal se lo impedirán anímicamente?... De cómo responda en juego va la suerte de nuestra especie.

Al ir escribiendo este texto una mujer a la que consulté me preocupó profundamente cuando me dijo:

“Flavio, tienes razón en lo que has expresado pero olvidas algo, que como hombre es lógico no puedas concebir... la mujer tiene además dentro de sí vivencias muy suyas —ien la forma de sentir el amor, la amistad, en sus ilusiones y generosidades a su modo, mil cosas!— que la civilización le ha obligado a reprimir y silenciar. Una nueva civilización, o el mundo femenino no contribuirá a su realización, tiene que ofrecerle la realización plena de esas vivencias.”

¿Qué decir?... Lo primero es que el mundo masculino tiene que conocer esas vivencias, pues no puede respetarse lo que se desconoce y no se entiende... y segundo, algo que yo intuyo “incluso como hombre”, que imagino que esas vivencias de una manera u otra ligadas están al hecho de que la mujer es *Gaia*, dadora y reproductora de la vida sintiéndola mucho más directamente su continuación que lo que pudiéramos percibir los hombres... y, si esto es así, *todos* tenemos que afanarnos por su realización ya que sería una manera fundamental de, en el altar de la solidaridad colectiva a todos los niveles, vencer el individualismo que ha caracterizado y sometido torcidamente la civilización que arrasamos. ¡Tú, mujer, tienes la palabra!... empieza, pues, por sincerarte ampliamente. Recuerda que en toda especie viva la capacidad de comunicación en su interior es el primer principio de supervivencia.

¡Nueva civilización! Al margen de esta serie periodística de ella he hablado a lo largo de más de mil doscientos artículos durante ocho años... y —sin embargo!— reflexionando en el mundo femenino creo que “se me quedaron muchas cosas fundamentales en el tintero”, en el aire y sin abordar. Al menos las que siguen:

I. Si hay algo fundamental que define a una civilización es la actividad humana y, en un mundo futuro mejor, ya sabemos que deberá ser creativa y transparente para que, como dicen los clásicos, se realice plenamente el ser humano. Pero no es todo... pues todo ser humano, mujer u hombre, deberían en ese mañana poder intercambiar funciones libremente para que no se *cosifique*, no sea “la cosa especializada e inamovible en un rincón” que siempre termina en enajenación de la humanidad y, a la postre, en injustas diferenciaciones y jerarquías sociales. La versatilidad es, pues, necesaria.

II. Si hubiera que resumir en cuatro palabras el objetivo último de una nueva civilización para el ser humano yo diría: “*lograr ser todos felices*”, entendida la felicidad, como ya sabemos también, como paz y tranquilidad interna que sólo se logra en la armonía de cálidas relaciones humanas... pero, ¡atención!, a reserva de que sobre ese tema abundaré en los dos últimos apartados, eso tiene un límite, la utopía ideal que deseáramos tiene fronteras: siempre habrá contradicciones y desafíos a vencer en el seno de la especie humana... incluso porque así funciona biológicamente todo siste-

ma vivo como requisito para seguir adelante y sobrevivir; las “dinámicas internas en conflicto” son características de la naturaleza a todos sus niveles... y cuando no las hay se acerca la extinción de una especie pues, ¿cómo diré?, “no hay retos que vencer que den motivos para seguir viviendo”. En el caso de la especie humana el problema de fondo es el que tales contradicciones y conflictos se atenúen lo suficiente para que la civilización que deseáramos se acerque lo más posible a la utopía ideal soñada. La individualidad de la mujer de una manera u otra chocará contra la del hombre, pero debe superarse para que incluso sea cimientamiento de una mayor felicidad mutua... es como aquello de “¡mujer, desde que ayer me peleé contigo te quiero más!”

Y hasta aquí, mundo femenino, porque sé que para este apartado serás mi más interesado y crítico lector, lo que en un texto periodístico soy capaz de reflexionar sobre tu universo para que marchemos todos hacia el futuro. ¿Qué piensas ahora tú?...

IX. LOS JÓVENES Y LA NUEVA CIVILIZACIÓN

—¿Cual es la actitud de nosotros los jóvenes ante el mundo de hoy?

—Padre, te diré... nos parece horriblemente feo y egoísta, frustra todas nuestras ilusiones... por ello lo rechazamos y huimos de él... unos buscan la naturaleza escapando de la opresión urbana, otros se hacen artistas; los que reaccionan mal escapan hacia los paraísos artificiales del alcoholismo y las drogas... y aún tengo que decir que hasta los niños fresa, ¡la gente bien y bonita!, cuando se llena de aparatos electrónicos y se sumerge en ese mundo artificial, también a su modo está huyendo de una realidad que le desagrada.

—¿Crees tú que así piensa toda la juventud?

—¡No! Los jóvenes de condición social muy humilde no tienen tiempo de sufrir esas crisis existenciales, pues tienen que dedicarse enteramente a lograr su supervivencia material... pero, ¡te diré!, el *ñero* de las regiones urbanas marginadas, aun si es un delincuente, profesa una generosidad y solidaridad con los suyos que nunca tiene la gente bonita y bien acomodada; el joven y muy humilde pescador de las costas, creo yo que también porque vive

en el mar ante horizontes infinitos y así sin barreras, es el ser más generoso y solidario que he conocido...

—¿A pesar de que materialmente les falta todo?

—¡Creo que incluso por ello mismo!... parece ser que no hay que tener nada para generosamente darlo todo.

—Un escritor famoso, Federico Nietzsche, en su *Así habló Zaratustra*, dijo ya algo parecido a lo que has dicho, pero, dime... ¿cuál sería el ideal de la juventud de una nueva civilización que la haga feliz?

—Una en la que no haya violencias, impere la bondad, no haya impedimentos a los ideales de la juventud y su libre albedrío, armonía con todo y, sobre todo, con la naturaleza..."

Lector, poco más o menos textualmente sostuve esa conversación con uno de mis hijos hace pocos días. ¡Me hizo reflexionar tanto en cosas que ya había pensado y creía tener claras!, que, pensando en las nuevas generaciones, me sentí impulsado, quizá no tanto por mi conciencia sino por mi subconsciente, a escribir este texto, "para decir unas cuantas cosas" ...que para allá van.

La búsqueda de un mundo ideal acompaña ya al ser humano desde hace casi cien mil años en que empieza a serlo, pero diría yo que, al menos en la civilización occidental, en los alrededores del siglo XV, se plasma en las obras de los humanistas del Renacimiento. Tomás Moro en su *Utopía*; Tomaso Campanella en su *Ciudad del Sol*; Francis Bacon en su *Nueva Atlántida*; Erasmo de Rotterdam que, como primer humanista del Renacimiento, habló en mil escritos suyos de la necesidad utópica de una reforma pacífica y ética de la sociedad; Juan Luis Vives, gran amigo del anterior y que, en clave sensual —ipues defendía la alegría de vivir!— preconizó que en un futuro mejor tenía que ser la ética sustento de la mayor de las armonías entre los humanos —¡y hasta el cerebro universal de Leonardo da Vinci concibió la utopía!— pienso que bastante a la manera de la *Nueva Atlántida* de Bacon, como un liberar al ser humano por medio de la ciencia y del arte.

Y hubo, claro, otros más... pero, ¿qué tuvo en común esa obra humanista del Renacimiento? Pienso que preconizar el raro tulipán de cuatro hojas: no se esfumará el egoísmo humano mientras no desaparezca la posesión y propiedad privada; no habrá elevación del ser humano hacia su felicidad en tanto no ancle en su conciencia como mística ética ineludible la generosidad y la

solidaridad; nada de lo anterior será posible antes de que los seres humanos adquieran una profunda conciencia científica y artística del mundo y, en fin, como cuarto pétalo, la paz y la tranquilidad que da la perfecta armonía entre todos en las relaciones humanas. ¡Bellísimo!... Si pudiera ser cierto, si tuviera que optar por alguna utopía del pasado, yo me adheriría a ésta. De hecho es la que más se acerca a la utopía soñada en el siglo XIX por el que más tarde fuera llamado *socialismo utópico*, pero quisiera, a efecto de reflexiones posteriores, señalar dos de sus características profundas: Se concebía que cada ser humano tendría un lugar y papel fijos en ese mundo feliz y se consideraba posible la existencia de la armonía perfecta, absoluta entre los humanos, en un mundo social sin contradicciones internas ni retos o desafíos a vencer, una especie de *fin de la historia*.

Andando hacia el siglo XVIII, ya estamos en presencia de dos antípodas en cuanto a las concepciones utópicas, Rousseau y Voltaire. El primero preconizaba el retorno a la naturaleza con su idea del “buen salvaje” considerando que la civilización moderna era corruptora del ser humano... El segundo acusaba al primero de “enemigo de la especie humana”, pues Voltaire, influido por la pujante Inglaterra burguesa que se levantaba entonces, admiraba los logros y avances materiales en curso en la civilización de su tiempo... De alguna manera se prefiguraba ya uno de los debates contemporáneos: la lucha entre la conciencia ecologista absoluta contra el culto al “desarrollo y progreso” de la sociedad contemporánea. Posiciones extremas que, a juicio mío, implican o bien considerar que el ser humano sólo será feliz en su “estado natural” en una especie de *comunismo primitivo*, y ello es de antemano considerar que todo avance de no importa qué civilización en movimiento cree el ser humano siempre será nefasto, o bien que el único mundo feliz posible es el que pueda crear la emprendedora, pero aética, civilización capitalista... ciertamente no estoy yo de acuerdo con ninguno de tales extremos.

Pero, ¿qué se dijo en Oriente? Haciendo a un lado las mil masedumbres que, en busca de “la posición social”, preconizaron ante la injusticia de los mundos estáticos que enmarcaron filosofías como la de Confucio, pienso que, en lo esencial, se impuso la milenaria visión brahmánica de origen ario —dicen los entendidos que nació en el Cáucaso— que independientemente

de sus mil descendientes dogmáticos o disidentes (hinduismo, budismo, etcétera) fue esencialmente preconizadora de la necesidad de abandonar “la corrupta e ilusoria realidad externa” tratando de encontrar la felicidad en la renunciación a la vida en un encerrarse en sí mismo, perseguir la utopía en el total abandono de la realidad material, sumergiéndose en profundidades tan íntimas que hasta el concepto occidental de subconsciente es insuficiente para describirlas... porque, después de todo, los arios “de los primeros días” que descendieron hacia India pensaban que la realidad sólo es una especie de conciencia universal dispersa y sin yo individual o propio, siendo nuestro mundo concreto un capricho de esa conciencia, el Brahma, o sus lágrimas cuando se le antoja vertirlas. Un embocarse en sí mismo hasta perder noción de uno mismo como utopía. En Occidente, y esto dentro del marco del psicoanálisis, sólo contadas personas defendieron una concepción similar, por ejemplo, un Jung. De inmediato digo que estoy en absoluto desacuerdo con lo anterior... olvidarse de todo hasta *introspectivamente* dejar de ser uno mismo, me parece más que un rasgo de demencia, una renunciación total a la vida... y lo primero que debe hacer una utopía es defenderla.

Y las culturas denominadas “primitivas”, ¿qué dijeron? Me voy a limitar a un ejemplo pero muy relevante: las culturas africanas antes de que las “civilizáramos occidentalmente”. Fue un pensamiento muy cultor de la naturaleza y animista en un considerar que hasta la más pequeña planta tiene cierta vida consciente “benéfica o maléfica” y esto porque se estaba inerte ante la naturaleza, todo ello dando también como resultado un mundo lleno de “prohibiciones” o “tabúes”. Culturas comunitarias muy estáticas que por ello consideraban que el futuro será como el presente y éste finalmente como fue siempre el pasado; esta es la razón del “culto a los antepasados” en esas culturas. En realidad todo lo anterior se resume en una frase: no se concibe la utopía, es un concepto que no tiene sentido... y que, por todo lo que ya llevamos dicho parece ser es privativo fundamentalmente de la civilización occidental siempre insatisfecha de sí misma... lo que ciertamente no es descalificable, pues todo sistema vivo, ser humano o no, sólo sobrevive y marcha hacia adelante evolutivamente, persiguiendo metas y venciendo retos, la armonía que deseáramos en una nueva civilización no puede soslayar eso.

“Marchar hacia adelante”, después de que todo Occidente lo vio de una manera y Oriente de otra muy opuesta... y que, de manera literaria, a veces fue retratada en alguna buena obra de fantasía científica, por ejemplo, en ese apasionante librito de Arthur C. Clark, *El fin de la infancia...* plantea ahí, en suma, que para el ser humano sólo hay dos extremos posibles de la evolución: el occidental sería el desarrollo al máximo de todas las potencialidades, materiales o no, del ser humano siempre como ser particular e individuo, y el oriental, llegar algún día a fundir a toda la especie humana, como un único ser y mente colectivas... que es un poco, otra vez “llegar a ser el brahma” de los arios primitivos. O todo lo es el individuo o bien sólo lo es la fusión total de todos nosotros en un perder de manera absoluta nuestra individualidad. Pienso que el destino de la humanidad no debe ser ni uno ni otro extremo, incluso porque no me parece posible biológicamente sino *cierta combinación* de ambos extremos... para que la felicidad del yo propio se mantenga sin atender contra la de los vecinos con los que tenemos que convivir lo más armoniosamente posible. En estos menesteres, lector, la palabra “absoluto” tenemos que dejarla en archivo de las cosas inservibles.

Por lo que llevamos dicho vemos que ninguna de las utopías que han existido “cumple enteramente los requisitos” para lograr la nueva civilización que deseáramos en la inteligencia de que no podremos lograr todo pues no somos dioses sino seres vivos con limitaciones... “pero que para lograr algo deberemos siempre luchar sin cesar por acercarnos a ese *todo*” —la utopía ya no está en ideas del pasado sino que habremos de construirla activamente desde nuestro presente! Sin embargo, volviendo ahora a la conversación que tuve con mi hijo y con la que se inició este apartado, ¿en dónde se coloca, en el marco de todo lo relatado anteriormente, lo que parece ser el pensar mayoritario de la juventud en torno del problema de la utopía? Creo que, esencialmente, es bastante cercana a la visión de Rousseau, pues preconiza en esta juventud el retorno a la naturaleza en un rechazar la civilización moderna pues, efectivamente, anda muy mal. Pero en esa medida es también huir de las responsabilidades ciertamente muy duras y penosas de cambiar este desdichado presente que nos ha endilgado la civilización capitalista.

Es, pues, un poco una actitud de marginación que no nos llevará a ninguna parte... como no sea que, sin opositor al frente, dure eternamente el mundo que creara la burguesía. La juventud quiere, además, un mundo feliz regido por la sinceridad, la comprensión, la tolerancia, la integridad, la generosidad y solidaridad y en donde impere el libre albedrío —inada que decir, magnífico!— pero al rechazar la civilización actual tiende también a rechazar todo el mundo externo, tratando de buscar esas virtudes felices en la introspección, en un abismarse en el interior de uno mismo... y ello, al margen de que puede ser muy destructivo y desembocar, eventualmente, en “paraísos artificiales”, es marginarse de la vida, hacerse a un lado... para que así continúe eternamente la nefasta civilización que tenemos que cambiar. ¡Necesitamos una *mística* que ancle dentro de nosotros, sí, pero una *mística laica* que nos obligue a luchar concretamente en el mundo real que vivimos hasta transformarlo totalmente!... No quiero parecer Federico Nietzsche, pero sí diré que de la masedumbre y de la automarginación nunca emergió elevación alguna del ser humano.

Así pues, el principal deber de la juventud es el buscar la utopía y la felicidad con la que sueña... pero luchando, a cada instante y en las difíciles circunstancias concretas que hoy existen, por realizarlas, “sin huidas laterales graciosas ni marginaciones”. ¡Luchar por lo que se quiere, se oponga lo que se oponga! Pienso que no tener miedo a eso es una de las formas de definir qué es ser joven...

X. DE LA COYUNTURA EN PLENA CRISIS

Dedicado a los farsantes, titiriteros, marionetas y caretas...

“¡Estás hecho un Erasmo!, llevas años escribiendo sobre la crisis de la civilización, sobre la necesidad de luchar por la utopía y de lo imprescindible que para ello resulta cambiar y elevar la conciencia interna de cada ser humano... ¿No crees que hay problemas económicos, políticos, incluso de lo que cada uno deberíamos hacer en nuestra actividad cotidiana, que primero tenemos que abordar y resolver antes de volar y perderse en las muy trascendentes pero muy abstractas disquisiciones humanísticas?... ¡Baja

del palomar a tierra firme!" No hace mucho tiempo, un gran amigo que estimo mucho y que en sus decires refleja el pensar de bastantes como él, me dijo lo anterior. Se lo agradezco, pues de alguna manera es un elogio, ya que hubo otros que, preocupados por el interés concreto del día que vivían, dijeron que me estaba volviendo loco... y algunos más que, de conciencia torcida y defensora de amos, cuya posición envidian y algún día quieren lograr, hablaron de mí como de "una maniobra muy trascendente y muy provocadora" de quién sabe qué poderes sociales ocultos en este mundo. ¡Lo que no habré escuchado a lo largo de los años!, y no respondería ahora a ello si no tuviera precisamente gran trascendencia para ese "humanista reflexionar en el palomar sobre el destino y deberes de la especie humana", en particular sobre la pregunta siguiente: ¿Cómo transitar concretamente desde no sólo el presente actual sino desde la tremenda crisis de civilización que hay hoy a la utopía, a la nueva civilización que deseamos? Voy hacia allá.

A lo largo de muchísimas colaboraciones en el curso de los años, hablé de la vida, milagros, destino y del cómo deberíamos ya enterrar a "la pirámide neotlatoani", el Estado corporativo mexicano y la tremendamente injusta y corrupta sociedad que creó, que duró sus buenos setenta años, ¡pienso que no omití nada!... y aún me asombro de que *Excélsior* haya siempre tenido la osadía de publicarlos. Pero no lo hice, ¿qué diré?, por "espíritu de ególatra autoinmolación soberbia y enfermo de violencia" como lo que, por ejemplo, llevó al suicidio a un Yukio Mishima... ¡No!, sino porque precisamente en la óptica humanista una de las cosas más importantes es analizar la concreta realidad presente para, a partir de ahí, tratar de buscar las vías específicas a la nueva civilización que necesita la especie humana. ¿Y qué dije entonces? Creo que, en resumen, preconizar lo siguiente: cambiar de civilización pasa ante todo, sin contemplaciones, por echar al basurero de la historia el desagradable presente que únicamente es egoísmo, violencia y corrupción y para ello, ante todo, hay que cambiar a fondo la conciencia interna de los seres humanos creando de antemano en ellos la *mística laica* consistente en la necesidad perentoria e irrefrenable de cambiar la civilización, todo, pues los "cambios externos" por vistosos que sean política y económicamente si no van afianzados antes en "cambios internos", en los deseos e

ideales de los seres humaos, sólo llevan al fracaso... Olvidar “ese pequeño detalle” llevó al derrumbe al llamado *socialismo real*.

Añadí entonces que “cambio interno” sólo vendría al precio de no únicamente conocer muy profunda y críticamente la realidad presente que rechazamos, sino de tener conciencia muy concreta y lo más detallada posible del mundo futuro, pues realmente nadie se juega nada más que al precio de saber a dónde va, por qué y para qué... y comenté que justamente este tipo de estudios y labores es lo que *ninguna* izquierda actual hace, ni aun a escala planetaria, en ningún lugar, por lo que nos va como nos va. Dije también que todo lo anterior no es posible más que si poseemos una filosofía y concepción del mundo reposada en tres cimientos: una óptica marxista que al menos nos explique sin subterfugios y con detenimiento cómo es nuestro presente actual a nivel de estructuras económicas y sociales; una visión humanista de la especie humana que empiece a valorizar éticamente lo que somos “en cuerpo y alma” y que nos diga cómo deberíamos ser cada uno de nosotros uno a uno y, en fin, una conciencia ecologista de defensa de nuestro planeta y de lo que allí habita... pues “si esa barca se hunde se acabaron todos los discursos”.

Insistí que la anterior filosofía de la vida tenía que ser el rasero y filtro —“¡si no estás de acuerdo en esto vete a otro sitio, hijo!”— para dejar ya de hablar ambiguamente y en abstracto de la *sociedad civil* y construir en concreto, con los más diversos grupos sociales y al margen de sus diferenciaciones, una especie, en el lenguaje de Antonio Gramsci, de “*bloque histórico alternativo*” que empujara para adelante y hacia el futuro “con plena sinceridad”... y lo digo no sólo a la occidental —dar la cara con nombre y apellido, sin contemplaciones y a campo descubierto— sino también a la oriental en donde lo sincero más que ser franqueza es ser consecuentes, contra viento y marea con los propios ideales, y al margen de consideraciones “tácticas y estratégicamente aconsejables en la coyuntura”. ¿Esto por preconizar una conciencia colectiva, “blindada y samurai”? ¡Algo más que eso!... y menos sofisticado: La actual crisis lo es en gran parte por ser crisis de confianza de los pueblos en ellos mismos —¡el mexicano es prototipo de ello! Por ello no se mueve como debería la “sociedad civil”, pues nada les muestra en lo que creer en un mundo en que todo “se concerta-ciona”; se “ajusta tácticamente” con mil manejos incomprensi-

bles llamados a “hacer verdadera política”; se habla de pactos seudodemocráticos llenos de retórica y vacíos de contenido que no son más que preparar la escalera de los ambiciosos quizá frustrados al intentar antes subir otra escalera; se intenta hablar de “acciones revolucionarias heroicas” que nunca existieron, pues todo parece ser una insólita “lucha de ajedrez como jugando a la guerra de los pasteles”...

¿Cómo puede pensar un pueblo positivamente en su destino si hasta las más altas virtudes, y quienes se dicen defensoras de ellas, “las ajustan según las circunstancias”? ¡De ninguna manera!... y por todo esto digo que “hay que ir hacia adelante, a la occidental y a la oriental, con plena sinceridad, venciendo cuanto obstáculo y muralla se encuentre retadoramente, hacia adelante... pues *lo primero* que hay que mostrarle a un pueblo es que no nos doblamos ante *ninguna* circunstancia. Pienso, lector, que más claramente no se puede hablar. ¡En fin, eso finalmente he estado diciendo todo este tiempo!... que no digan pues los fariseos que no fui capaz “de abandonar el palomar del humanismo elevado para hablar a ras de tierra y frente al pueblo”. Sé muy bien que yo no voy a tener vida suficiente ver algún día la nueva civilización que de la anterior manera preconizo pero, bueno, ¡no importa!, y vamos ya, lector, a algunas consideraciones un poco más serias en este tema de “los deberes de la coyuntura en la crisis”.

Crisis de civilización, tenemos que entender muy detalladamente cuáles pueden ser sus dinámicas de desarrollo para lograr salir de ellas... Nos obliga eso a recurrir al conocimiento de la historia, buscar allí el “saber qué hacer en la coyuntura”. ¿Por qué no hablar de Roma?...

Tácito, historiador latino del final del siglo uno de nuestra era, en sus *Anales* nos muestra cómo los llamados “bárbaros” germánicos iban derrumbando un decadente y corrupto imperio romano, ese imperio del que nos hablaba en esos mismos días Petronio en su *Satiricón*. ¿Recuerdas, lector, la película que Fellini hiciera mostrando la bajeza moral y hedonismo de aquellos días romanos? El poder militar de los germánicos hubiera sido insuficiente para destruir aquello, aun si ya estaba en ruinas muy adentro, si no hubiera sido porque tales bárbaros, así lo consigna Tácito, practicaban una especie de comunismo primitivo con comportamientos éticos que Roma había perdido ya varios siglos antes.

Finalmente cayó Roma, pero desde casi fines del siglo dos, con un emperador benevolente y en clave estoica y ya prefigurando el futuro predominio del cristianismo en la figura de un Marco Aurelio, hasta que Alarico saquea Roma en el 410 de esta era, pasaron más de dos siglos ...quiero decir con esto que *las crisis de civilización no son instantáneas, los mundos estables y universales que se soñaron eternos decaen turbulentamente pero se disuelven con lentitud frente a lo que es la duración de una vida humana. Se disuelven porque su decadencia es ante todo una pérdida de todo valor ético, de ilusiones e ideales elevados, y lo hacen lentamente porque un cambio de civilización primero tiene que ir precedido de una transformación de la conciencia interna de cada ser humano... y esto necesita mucho tiempo.* Las “transiciones de civilización” son largas y penosas y ante todo arrancan dentro de uno mismo; así aconteció también en Egipto al caer el Reino Antiguo, en Mesopotamia, en condiciones similares y en otros sitios.

A la caída del Imperio Romano todo se disgregó en pedazos, tal como en circunstancias análogas sucedió con otros pueblos... y hoy, a su imagen y semejanza, acontece en aquel inmenso mundo del *socialismo real* que fuera la extinta Unión Soviética y, con señales mortales de que la misma vía va seguir “el vencedor”, la civilización capitalista... Si bien esto ya no lo tenemos que leer en Tácito o en Petronio sino en las publicaciones especializadas que hablan planetariamente de las Bolsas de Valores y de “volátiles” capitales especulativos. La vuelta a la cohesión, que no necesariamente se da como una nueva reunificación política de los que antes fueran estados universales, en el caso del Imperio Romano ya caído, al menos en Occidente, empezó a nivel ideológico al emerger otra concepción del mundo que unificó todas las conciencias “volviendo a creer en algo”. Se llamó cristianismo en términos de Iglesia Católica, esto es, universal, que finalmente presidiría el destino social durante diez siglos de la Edad Media europea. *Los valores existenciales de una civilización se desploman, viene la crisis que es escepticismo y el no creer en nada, y sólo después nace otra nueva civilización cuando se vuelve a creer en algo, una nueva concepción existencial. Sin esto los cambios sociales son únicamente de superficie y pasajeros...* lo que no parecen terminar de entender las supuestas izquierdas contemporáneas.

Pero, ¿cómo surge esa “nueva concepción existencial” en plena crisis en la que domina el escepticismo y la indiferencia? Pues precisamente porque muchos caen en el escepticismo y la indiferencia al ya no creer en nada... hay entonces otros que se cuestionan todo, que dudan de todo y entonces buscan respuestas trascendentes a todos los niveles, búsqueda que jamás hubieran emprendido en “tiempos estables”... yo por ejemplo, lector, escribo textos como este desde hace algunos años porque desde hace años vivo sumergido en una crisis de civilización que resiento a muy diversos niveles. A recalcar, pues, que *es precisamente en los períodos de crisis en que pueden surgir las grandes ideas de fondo capaces de hacer algo de luz sobre un futuro mundo mejor*. Ejemplo histórico paradigmático de lo anterior lo fue, en las vecindades del siglo XV en el Viejo Continente, el cómo del derrumbe de la Edad Media nació el Renacimiento y el Humanismo... e incluso hasta Lutero cuestionando toda la Iglesia Católica antaño dominadora. La “moraleja al canto” me parece obvia: *ahora es cuando, más urgentemente que nunca, debemos buscar “salidas trascendentes” que, creando una “nueva concepción del mundo”, nos permitan escapar de la deforme civilización capitalista... aunque no será fácil, nunca lo fueron “estas cosas”*. Y es por todo lo anterior que, en lo que a mí toca, “ser prácticos” buscando el futuro pasa también por “estar en el palomar del humanismo” buscando respuestas a mediano y largo plazo a todo.

XI. DEL ESTUDIO DE LOS ESTUDIOS

“Del estudio de los estudios”, ¡eh, sí!, pues se trata del problema de los problemas, ¿tiene remedio la especie humana?, ¿sí o no? No pienso, por los enormes problemas que suceden hoy en nuestro mundo, soslayar tales interrogantes... aun si “se arma la de San Quintín, en la que todos salimos desorejados” en el debate, que de encenderse me temo podría ser feroz... incluso porque sería confrontación entre dos concepciones de civilización.

Frente a las interrogantes anteriores, Franz Kafka se definió de frente con un *no*; Federico Nietzsche con un *casi no* al anunciar que sólo se salvaría el *superhombre* como condena implícita pero radical de toda la especie humana por ser proclive al miedo y a la mansedumbre. Los galos Baudelaire y su seguidor Rimbaud, en

tanto que “poetas malditos exaltadores simbólicos de las flores del mal de las mil sensualidades hedonistas sin moral alguna”, por ello mismo también se pronunciaron por el *no* al no concebir la felicidad humana más que en el regocijo de ese infierno que son las mil torturas internas de la conciencia; el mundo eslavo produjo a un Dostoievski, que retrató al ser humano como reflejo de una conciencia torcida por mil culpas y eso es responder en clave de *no*. ¡Byron y Puschkin, los grandes románticos de épocas idas!... tanta fe tenían en la especie humana que, desesperados, uno se inmoló en una guerra civil griega que no era la suya y el otro en un duelo suicida ya premeditado por el despotismo zarista y esto otra vez es decir *no*. ¿Pero qué dijo un Jean-Paul Sartre en nuestros tiempos?... simplemente escribir aquella tremenda obra suya, *El diablo y dios*, en la que preconizó que salvación “quizá pudiera tener” la especie humana sólo después de feroz guerra civil y esto es decir casi otra vez *no*. ¿Y otras mentalidades “no occidentales” qué dijeron?... Bueno, lector, ¿sabes quién fue Yukio Mishima?, pues un genio de la literatura a la manera de un Lope de Vega de Oriente, que se hizo el tremendo *seppuku* ritual nipón, el *harakiri*, al concluir que lo que él consideraba la época dorada de altas virtudes éticas del antiguo Japón se había disuelto en la indiferencia y el egoísmo material de la sociedad actual, otra vez, entonces, es responder *no*. Buena parte, pues, de la literatura universal pésimo concepto tuvo siempre de la especie humana. Las grandes religiones, por su parte, en la medida misma que prometen la paz y la felicidad eternas, sólo en el metafísico más allá de la muerte, pésimo concepto tienen también de la especie humana en su vida concreta y ello es otra vez responder *no* respecto de su remedio en la realidad que vivimos, ¡pero si hasta se inventó el infierno como consecuencia de tan mal concepto de la especie humana!

Claro, hay otra literatura de valía llena de fe en el destino del ser humano e incluso hasta “religiones laicas”, por ejemplo, el Humanismo del Renacimiento, que creyó apasionadamente en la elevación del ser humano y su conciencia como portadora de mil integridades, de la solidaridad y generosidad, considerando que si la especie humana es egoísta y violenta, únicamente se debe a condiciones sociales y culturales históricamente transitorias.

¿Quién tiene razón? Tenemos que recurrir a otras regiones de la cultura para aclararnos las ideas... o bien para especificar muy

claramente las preguntas que aún no podemos responder, abandonando en ese intento las que sólo sean manifestaciones subjetivas de fe y de buena voluntad y nada más. Interroguemos primero a las ciencias sociales, diría yo que a la historia, a la antropología y arqueología, esencialmente... y ya después iremos al dictamen de las llamadas “ciencias en sentido estricto”. Nos dicen, aquí parece que hay consenso aun cuando me temo que sólo en esto, que la VIOLENCIA, así con mayúsculas, el volverse el ser humano “el lobo de otros humanos”, arranca fomentada por el egoísmo hará unos siete mil años, cuando se inicia la *civilización* al volverse sedentaria la especie humana, asentándose en regiones fértiles a las orillas de ríos y regiones lacustres, porque empezaron a sobrar excedentes materiales de riqueza que unos quieren apropiarse a costa, incluso, del mínimo vital para sobrevivir de los demás; nacen así las clases sociales, el Estado. Para santificar esas injusticias, las culturas adecuadas para “justificarlas” incluidas allí las religiones y las instituciones armadas para imponerlas coercitivamente, inos hemos civilizado!... Y así hemos marchado desde los reinos e imperios esclavistas de la antigüedad hasta los no menos opresivos tiempos actuales del capitalismo neoliberal y del todopoderoso capital especulativo.

Decir que esos siete milenios sólo son consecuencia de factores sociales y culturales —¡qué por supuesto cuentan!— es escurrir elegantemente el bulto ante una pregunta de muchísimo fondo: ¿por qué surge históricamente el egoísmo, y en consecuencia la violencia, apenas el ser humano se encuentra ante excedentes de riquezas materiales cuando bien hubiera podido optar por distribuirlos en beneficio de todos y, sin embargo, no lo hizo? Y si así no aconteció antes... ¿no sería porque nada había de qué apoderarse, pues lo poco que existía apenas malamente permitía la supervivencia de la rala especie humana en sus inicios? Lo lamento, pero no hay manera de darle vuelta a estas preguntas... y el cómo se contesten tan desagradables interrogantes podrá ser el comienzo de feroces polémicas pero no son soslayables. Desagradables, pues llaman a la escena del debate a la palabra *genética* al aparecer entonces esta otra pregunta: ¿es proclive el ser humano al egoísmo? Y aquí ya tenemos que entrar en el terreno de las ciencias naturales, en particular de la biología y disciplinas afines que la apoyan.

¿Qué decir desde ese punto de vista? En los ácidos nucleicos, en donde se asienta la herencia humana, no es posible afirmar que exista algún “ladrillo básico”, los llamados *genes*, en que residan el egoísmo y la violencia... los genes son únicamente agrupaciones moleculares con ciertas propiedades físico-químicas y nada más. ¡Si existiera un *gen egoísta* yo estaría profundamente optimista sobre el destino de nuestra especie!, porque tarde o temprano el avance de la ciencia, la ingeniería genética, que avanza a pasos de gigante, nos permitiría eliminarlo: “cortar ese gen con esas tijeras bioquímicas llamadas enzimas, volver entonces a unir los ácidos nucleicos y colocar el resultado, esto es, reproducir el resultado creando una nueva especie humana sin esa tara”, expresaría un especialista en estos menesteres... ¿recuerdas, lector, la película de *Parque Jurásico*?, pues algo así, que podría dejar de ser ficción en el futuro. Sin embargo, el reduccionismo científico es muy mal consejero, dado que lo que llamamos vida no se explica en términos de “ladrillos fundamentales en última instancia” de sólo, por ejemplo, los genes, sino “a partir del edificio en su totalidad”, de estructuras muy complejas con funciones muy diversas, ya no sólo locales, que se entrelazan e interaccionan de maneras muy sofisticadas... por ejemplo el caso del llamado *genoma humano*, en donde reside la totalidad de nuestra herencia y sobre el que aún nos falta mucho por aprender.

Y llegados a este extremo ya es muy difícil pronunciarse sobre las propiedades cualitativas y globales que pueden tener semejantes sistemas complejos... pues si yo, pongamos este ejemplo, ingenuamente afirmara que lo que está constituido finalmente de moléculas por ello mismo sólo puede poseer funciones físico-químicas, tendría entonces que ser consecuente, concluyendo que en el ser humano, el pensamiento y las ilusiones no pueden existir, ¡y vaya que sí existen! Llegados a este punto responder pues a una pregunta como, ¿no será que el ser humano, ya como un sistema complejo estructural y funcionalmente, con muchos niveles y finalmente global, es capaz de poseer como función superestructural el ser proclive al egoísmo cuando las condiciones externas lo permiten y no comportarse en contrario?... Ya no se puede salir fácilmente con pronunciamientos subjetivos —¡lo que desearíamos fuera y no lo que es!— superficiales; la pregunta está, pues, en el aire y otra vez lamento decir que no es soslayable y menos

con argumentos de autoridad de una visión científica reduccionista ya en retirada en la historia de la ciencia.

Pero, ¡vive!, hagamos la hipótesis de trabajo de que no existió la pregunta anterior... aun así hoy otro *hecho* inocultable que ni con otra nueva hipótesis de trabajo podemos eliminar: la herencia genética del ser humano crea al sistema nervioso central, el cerebro humano capaz de pensar, de crear ilusiones, frustraciones y sentimientos, de la demencia y los grandes ideales — ide imaginar todo!— y en ese todo también al egoísmo, no tiene eso vuelta de hoja... Por lo que ahora la nueva pregunta pertinente es ¿por qué, históricamente y en lo global, *siempre* prevaleció el egoísmo frente a otros sentimientos e ideales elevados? ¡Porque es también un hecho incontrovertible de la historia! Sabemos bastante hoy sobre la estructura y funciones del cerebro humano, pero nos falta todavía una inmensidad más, por ejemplo, sobre la memoria y sus mecanismos, de lo que depende “nuestra conciencia y concepciones del mundo”... De tal suerte que la pregunta anterior es otra más que está en el aire y pendiente tanto más cuando que, como nos decía el insigne y ya fallecido estudioso soviético del cerebro, A. R. Luria, nuestro cerebro, a pesar de ser una unidad, debe ser considerado sólo como una porción de un *complejo sistema funcional* en el que hay que incluir todo el mundo externo y ese gran sistema interacciona internamente a mil niveles y de mil formas —¡cuán complicado no estará el problema!

Sin embargo, en torno de lo de antes se me ocurren dos comentarios. En su *Juan de Mairena*, Antonio Machado decía que por más esfuerzos que hacía no encontraba la forma de sumar seres humanos —¡y es cierto biológicamente!— ya que aun cuando vivimos en colectividad y tenemos por ello “conciencia social” y en algunos aspectos una “cultura común”, todo ese mundo externo lo procesamos *individualmente*, puesto que el cerebro humano es personal e intransferible como intransferibles son nuestros dolores, nuestras sensaciones y emociones; las que nadie, por más que nos quiera, puede sentir por nosotros “en carne propia” ... cada ser humano tiene así una conciencia y un subconsciente muy suyos, el ego y el id de la psicología. Y creo que esa individualidad *biológica* nuestra actúa sobre las capacidades cerebrales posibles “como un filtro” que actúa sobre la información exterior que llega al ser humano. Por más ideales colectivos que poseamos se prio-

riza ante todo lo que tenga relación directa con el yo, con el ego, por ejemplo, el egoísmo, en un comportarse el ser humano, ante todo, como ser conservador de sí mismo. Ramón y Cajal decía que del cerebro humano apenas aprovechamos un muy pequeño por ciento de sus capacidades; quizá si lográramos aprovechar el resto de manera telepática podríamos unir todos los cerebros humanos en un todo, de tal suerte que el egoísmo de cada una de sus partes dejara de tener sentido... pero esto no es más que una hipótesis y, en todo caso, todavía no estamos allí. El segundo comentario me lo sugiere un gran biólogo ya muerto, Waddington, que defendió la idea de que los sistemas biológicos son tan complejos que no podemos considerarlos únicamente como sistemas aislados... ni aun biológicamente, en un entender que el "mundo externo", verbigracia el social, es capaz de interactuar con ellos *incluso a los niveles biológicos primarios más fundamentales*. No sé hasta qué punto pudiera ser eso cierto, pero si al menos en una parte atina nuestra ciencia, está hoy ante un desafío descomunal. Ante *El estudio de los estudios...* que quizá nunca podamos resolver totalmente, dado que finalmente el cerebro humano no puede pensarse enteramente a sí mismo. Te contaré al respecto, lector, una anécdota de la historia de la religión: en sus *Principios de Teología* un frailecito franciscano del siglo XIV y que se hizo famoso, Guillermo de Occam, empezó su obra diciendo textualmente: "Dios puede hacer todo lo que, al ser hecho, no incluye contradicción ...pues entonces podría hacerse a sí mismo" y, añadido yo de mi cosecha, porque entonces también podría crear un ser por encima de él —isi la suprema divinidad es capaz de todo también debería serlo ante esas contradicciones que la limitan! Y si, lector, ni aun en las mitologías religiosas las divinidades dejan de tener limitaciones, ¿por qué no habríamos de tenerlas los seres humanos con nuestros "defectos congénitos"? El buen Carl, Carl Sagan, con mucha razón llevó años desgañitándose al advertir que en la inmensidad del universo tiene que haber miríadas de especies vivas, bastantes de ellas más inteligentes y con menos limitaciones que nosotros... por lo que los humanos debemos ser más modestos sobre nuestro destino y posibilidades existenciales. ¡Las matemáticas, a su nivel más abstracto e indiscutible, también no hace mucho dijeron lo mismo! Un Kurt Gödel demostró la inconsistencia intrínseca de todo sistema formal por más universal que pueda

imaginarlo la especie humana... así pues, muchacho —quiero decir ser humano— más modestia sobre “tus alcances”.

¿Por todo lo anterior hay que ser pesimista? Creo que no, pero hay que ser también conscientes... no somos dioses del Olimpo sino seres perecederos, incluso como especie, con virtudes, defectos y limitaciones, tales como nuestra individualidad, que parece el origen del egoísmo... pero también tenemos la capacidad de poseer ideales generosos y colectivos, puesto que tenemos que existir en relación mutua, y entre esos dos extremos oscilamos, sin caer nunca enteramente en uno de ellos. Lucha entre el egoísmo y los mejores ideales para toda la especie siempre habrá, de tal suerte que quizá nunca alcancemos totalmente la utopía de cambio de civilización que proporcione la felicidad a todos... pero en luchar por ella, y en acercarnos lo más posible a ella, creo que ya está en mucho esa felicidad. A veces pienso que es mejor así, pues especie que un día logra literalmente todo decae y desaparece al no tener ya razones por las que vivir... sólo que ese luchar y acercarse sin cesar a la utopía no admite ya mediatizaciones, se necesita un cambio cualitativo y radical de civilización.